

TRABAJO MONOGRAFICO PARA RECIBIR EL TITULO DE FILÓSOFO

**EL SIGNIFICADO DE “DIOS HA MUERTO”. UN ACERCAMIENTO A LA GAYA
CIENCIA, Y A ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA**

PRESENTADO POR

FERNANDO JOSÉ NEIRA ACEVEDO
CODIGO 2005761

DIRECTOR DE TESIS
PEDRO ANTONIO GARCÍA OBANDO

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE FILOSOFÍA
BUCARAMANGA
2006

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCION	
CAPITULO PRIMERO: EL DIOS QUE HEMOS PERDIDO: ¿CUÁL ES ESE DIOS? ¿CUÁLES SON SUS LIMITES? EL VACÍO QUE PRODUCE SU DESAPARICIÓN	9
CAPITULO DOS: ¿POR QUÉ Y CÓMO MATAMOS A DIOS? ¿CUÁL ES EL MISTERIO QUE NO NOS LLEVA AÚN A COMPRENDER ESTÁ TRÁGICA MUERTE?	30
.LOS QUE PROMUEVEN EL ALEJAMIENTO DE LA TIERRA (Trasmundanos, Despreciadores del cuerpo, y Predicadores de la muerte)	35
LA RAZÓN Y LA MORAL; PESADOS YUNQUES QUE NO PERMITEN QUE EL ESPIRITU DEL CONOCIMIENTO EN EL HOMBRE SE ELEVE LIBREMENTE	48
CAPITULO TRES: LA JUSTICIA Y LA VIRTUD; “VALORES” QUE TAMBIÉN HAN PERDIDO SU BRILLO ¿CÓMO CONSEGUIR ESA NUEVA VALORACIÓN AUTÉNTICA QUE NOS PERMITA MAYOR LIBERTAD?	59
CONCLUSIONES	87
BIBLIOGRAFÍA	90

RESUMEN

TITULO: EL SIGNIFICADO DE “DIOS HA MUERTO”. UN ACERCAMIENTO A LA GAYA CIENCIA, Y A ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA¹

AUTORES: NEIRA ACEVEDO, Fernando José²

PALABRES CLAVES: Dios, Virtud, Razón, Moral, Justicia, Vida y Existencia.

DESCRIPCION:

El siguiente trabajo presenta la interpretación a una de las más importantes ideas contenidas dentro de la filosofía de Federico Nietzsche que se conoce como “Dios ha muerto”. Para darle inicio a su significación fue necesario remitirme a dos de sus más brillantes obras que son: La Gaya Ciencia, en la que hago especial énfasis en su libro III, (aforismo 125); y el Prólogo y la Primera parte de Así habló Zaratustra. Es importante señalar el aporte de otras de sus conocidas obras como un gran complemento para el desarrollo de mi idea. Sin embargo, la importancia de estos dos textos mencionados es determinante, porque cada uno de ellos presenta dos momentos esenciales en la muerte de Dios como lo son: su inicio, y su final. Aunque es difícil dar por sentado estos dos conceptos (inicio-fin) dentro de la filosofía de Nietzsche, mi intención es mostrar un posible inicio, y un aparente final a este inquietante problema. También dentro de esta interpretación podemos encontrar las causas y las razones que llevaron a que ocurriera ese asesinato y que han impedido poder resucitarlo. Por estas razones entonces, puedo concluir que el significado de la muerte de Dios que en este trabajo voy a realizar, abarca una gran e importante dimensión de todo lo que representa este impresionante suceso.

¹ Trabajo de Grado

² Escuela de Filosofía. Pedro Antonio García Obando

ABSTRACT

TITLE: THE MEANING OF "GOD'S DEATH". AN APPROACH TO THE GAY SCIENCE, AND TO THUS SPOKE ZARATHUSTRA³

AUTHORS: NEIRA ACEVEDO, Fernando José⁴

KEY CONCEPTS: God, Virtue, Reason, Moral, Justice, Life and Existence.

DESCRIPTION:

The following essay presents the interpretation of one of the most important ideas conveyed in Fredric Nietzsche's philosophy known as "God's Death". To execute this signification the reference to two of his most exceptional works was necessary: the first text is The Gay Science from which emphasise its third book, (aphorismo 125); the second one is the preface and the first part of Thus spoke Zarathustra. It is also important to point out the contribution of some other of his well-know work as a significant complement to the development of my idea. However, the two texts mentioned above are determinant since each one of them presents two essential moments in God's Death: its beginning and its end. In spite of the difficulty of those concepts (beginning and end) I will intend to show a possible beginning and an apparent end to this perturbing problem. The causes and reasons that led to God's assassination and that have impeded his resurrection can be also found in my interpretation. For those reasons, I can conclude that the meaning of God's Death explained in this essay contains a rast and important dimension of this impressive event.

³ Research Project

⁴ School of Philosophy. Pedro Antonio García Obando

INTRODUCCIÓN

Para el desarrollo de mi primer capítulo fue necesaria la división del aforismo (§125) de la Gaya Ciencia, en dos partes para trabajarlo de una manera más precisa y detallada. En la primera división que hago al aforismo (§ 125), se puede apreciar claramente que la situación se concentra en el momento mismo en el que el loco implora o pregunta por Dios a la muchedumbre del mercado, terminando con la respuesta que éste –al parecer- sabía de antemano. En esta indagación resulta de suma importancia confirmar si el ruego del loco por ese Dios que ha desaparecido misteriosamente supone la existencia anterior de él mismo. En base a la confirmación de la existencia o no de Dios, hablaré del Dios que queda por ahora, el Dios muerto (que sí existe), el cual delimitaré su territorio (a pesar de ser un suceso que se expande) para dar una definición detallada de todo lo que representa su desaparición. La otra parte del aforismo (§ 125) pienso trabajarla en el segundo y en el tercer capítulo de una manera más “liberada” que me permita seguir tranquilamente un camino de indagación, sin llevar un orden riguroso sobre el mismo aforismo. Cabe señalar también que el aporte que me brindará el prólogo de Así habló Zaratustra - a pesar de que en éste intenta describirse en pequeños trazos el carácter del superhombre* - me es de vital ayuda en este primer capítulo, porque en este prólogo se tiene como principal acontecimiento la muerte de Dios, siendo el apoyo requerido que me permite sintetizar ambas intervenciones, es decir, la del loco y Zaratustra (en primera instancia), conectando dos momentos importantes de este suceso como lo son el inicio de la muerte de Dios (que se puede apreciar en el aforismo (§ 125) con el hombre loco), y la superación de este suceso que se encuentra en la palabra de Zaratustra (prólogo y primera parte) En el segundo capítulo mostraré las razones por las cuales se dio su desaparición. En

el capítulo anterior había hecho una delimitación de lo que abarca el Dios muerto que reina por ahora; en esta ocasión hablaré de las causas y de las razones por las cuales se dio su muerte, ya que en el aforismo (§125) el loco no explica estas causas con detalle. Por esta razón me remito directamente a la primera parte del Zarathustra para dar una respuesta concreta a esta incógnita, ya que en esos primeros discursos éste expone la muerte de Dios como tema central, enseñándonos así cinco causas por las cuales este suceso ocurrió como: la muerte de la moral, razón, felicidad, virtud, y justicia, como también trasmundo y desprecio del cuerpo, en las que daré durante el transcurso del capítulo una explicación detallada sobre cada una de ellas. En el tercer y último capítulo de mi tesis, terminaré desarrollando la muerte de la justicia y de la virtud, (las cuales no había logrado desarrollar en el segundo capítulo), y que presentan el no pequeño inconveniente de haber perdido su valor para la existencia; ahí es donde está complicado el asunto, ya que si la justicia y la virtud han perdido su valor, entonces, ¿cuál será la nueva forma de valorarlas a ellas, porque “valorar es crear” y si no tenemos un medio certero para hacerlo, entonces qué sentido le estaremos brindando a la existencia, qué valor le estamos otorgando?, ¿Cómo se podría definir entonces a lo justo y lo virtuoso sino hay una valoración “efectiva”? Este es el meollo del asunto, ya que sin la justicia ni la virtud, no se puede determinar a ciencia cierta un camino certero y seguro para el hombre hacia la superación de la Nada en la que se encuentra envuelto, porque sin una idea “justa” que lo guíe hacia lo que debe hacer, y sin un “energizante” poderoso que le permita romper las barreras que encuentre a su paso, la misión del hombre sobre la tierra en qué se definirá entonces. Encontrar una nueva virtud que no siga queriendo la Nada y que represente un valor real y auténtico que se libere de los antiguos criterios de valoración, es la pócima para superar -en primera instancia- este inconveniente, y quizá el paso más importante para superar la muerte de Dios. Teniendo en cuenta estas indicaciones, daré pie al desarrollo del primer

* Traducciones como la de Martín Heidegger y Gianni Vattimo nos enseñan este concepto Superhombre (Uebermensch), como Transhombre y Ultrahombre. En esta ocasión seré fiel a la traducción del libro de Alianza en la que Andrés

capítulo y de los posteriores. Los símbolos de aforismo (§) que se presentan sin pie de página, pertenecen al libro de La Gaya Ciencia.

CAPITULO I

EL DIOS QUE HEMOS PERDIDO: ¿CUÁL ES ESE DIOS? ¿CUÁLES SON SUS LÍMITES? EL VACÍO QUE PRODUCE SU DESAPARICIÓN

En su afán por encontrar las alas que le posibilitaran mayor libertad para recorrer los espacios infinitos del universo, el hombre tórpemente chocó con un inesperado espacio cerrado y finito, que le demostró que todo su conocimiento, o toda la forma como se imaginaba el mundo, como lo “entendía”, no eran tal como lo había pensado: por ello le pasó como aquel pájaro que se sintió libre y que descubrió su terrible realidad: “¡Oh, pobre pájaro que se sentía libre y ahora choca con las paredes de esta jaula!” (§124), tropezando bruscamente con las paredes finitas de su conocimiento, de su mundo, de su existencia, en una fuerte lección a su orgullo de que el hombre no conoce tal como él mismo cree “saber”, es decir, que no es el centro de todas las operaciones del universo. Así, el hombre llegó a un punto que muy seguramente le impedirá ir más allá, perdiendo el sentido de su camino, navegando ciegamente a la deriva sin un rumbo fijo. Para la mayoría de los hombres la situación actual se les torna así de trágica, mientras que para otros se les ofrece todo lo contrario, ya que consideran que esta es una nueva oportunidad para comenzar y construir así un nuevo edificio diferente a aquella horrible construcción que se ponía por encima de la realidad y que se ufanaba de ser la vida y la existencia, y en el que el hombre era su mayor benefactor. Ahora las condiciones cambian, una (terrible) verdad sale a la luz, y es el momento preciso de prepararnos todos para entenderla, ¡si aún estamos preparados para ello!

La historia del hombre loco descrita en el aforismo (§ 125) de la Gaya Ciencia, es la demostración más fiel del instante mismo en el que Dios ha desaparecido, es

decir, en el que la idealidad objetiva de la existencia, de la ciencia, de la historia y todo lo referente al conocimiento, fueron perdiendo su valor o su sentido. Para el loco, que por ahora parece ser el único conocedor de este suceso, fue un momento sorprendente en el que la emoción y el miedo se mezclaron, provocando dentro de él un trastorno que su entendimiento no pudo codificar: por ello su extraño comportamiento ante la multitud. Así, en el inicio de esta historia, este hombre loco irrumpe en la ciudad dirigiéndose al mercado, llevando una lámpara encendida en su mano a la plena claridad del medio día, y gritando sin cesar en una especie de súplica, por el paradero de Dios. El loco gritaba entonces, “¡busco a Dios, busco a Dios!” (§ 125) Muchos de los que estaban reunidos ahí no creían precisamente en Dios, causando la súplica de éste la más enorme carcajada: “¿acaso se te ha perdido?, dijo uno. ¿Se ha extraviado como un niño?, dijo otro. ¿O es que se ha escondido?... así gritaban y reían confusamente” (§ 125) Estos no-creyentes no entendían para nada la magnitud de ese suceso; su incredulidad con respecto a Dios jamás los llevaría a pensar que detrás de este mundo debe existir una razón y un sentido por el que vale la pena vivir, pero que son tan difíciles de conseguir tal como el Dios mismo que ha desaparecido. Por esto el loco, al darse cuenta de la desaparición de Dios, suplicaba tristemente por su paradero, ya que sin la luz y el sentido de la existencia que representaba su poder divino, el mundo se tornará entonces oscuro, incrédulo, vacío y vil, (aunque también puede que lo contrario), donde las posibilidades de esperanza y de un mejor mañana se verán cada vez más remotas, inundándonos en un mar profundo de sin sentido. Así entonces, la situación desesperante por la que atraviesa el loco se hace cada vez más evidente, ya que éste imploraba por la suerte del sentido y rumbo de la existencia, que se concentran reunidos en un Dios todopoderoso, que no daba rastros de vida, generando un millón de dudas sobre su posible paradero.

Conociendo –indirectamente- la increíble importancia que representa Dios, resulta conveniente saber si el loco es conocedor de la suerte de aquel desaparecido, o si como todos los demás, desconoce su incógnito destino. En el inicio del aforismo

no se muestra muy claro si lo que el loco habla es una súplica o una pregunta por Dios. Al principio, la falta de signo de interrogación nos enseña claramente que no es una pregunta lo que el loco exclamaba dentro del mercado, sino más bien una súplica que resultó incoherente para los que estaban presentes allí, los cuales la tomaron como una tonta pregunta, respondiéndole así con una fuerte carcajada. Esta situación nos hace suponer que al no ser una pregunta el “lamento” por Dios de parte del loco, algo malo seguramente habrá sucedido con la suerte de él: por esto es que el loco interviene nuevamente haciendo otra vez la misma pregunta en la que la respuesta se veía entredicha: “El hombre loco saltó en medio de ellos, atravesándolos con su mirada. “¿A dónde ha ido Dios?”, gritó” (§ 125); la respuesta entonces el loco mismo la tenía de antemano: “¡Nosotros lo hemos matado, vosotros y yo!” (§ 125) Tal como lo sospechaba inicialmente, el hombre loco sabía de la funesta desaparición de Dios: por ello las súplicas de ruego que enseñaban claramente la magnitud de este impresionante suceso, y la lámpara encendida en la claridad del medio día, como signos de la ironía misma que representa aquella pérdida. Así pues, con todo el conocimiento que tiene el loco sobre “la muerte de Dios”, podremos indagar con suficiente certeza su discurso para así dar –inicialmente- una respuesta acertada a este inesperado asesinato.

El loco entonces conocía de antemano la respuesta a su exclamación; por esto no es de extrañar que éste apareciera con aquella antesala pomposa que se robó todas las miradas del público, y además con semejante discurso que dejó a la mayoría perplejos. Tal vez toda esta “irreverencia” sea una fiel muestra del trastorno sufrido por él al enterarse de aquella (terrible) verdad. Así sería muy probable también, que muchas cosas que ocurrieron tuvo por sentado el loco, provocando intencionalmente todo lo sucedido dentro de su discurso: por ejemplo, la ida al mercado donde precisamente se reunían –en mayoría- los no creyentes. Es mucha casualidad que ellos estuvieran ahí, ya que no es habitual encontrar tanto escepticismo junto dentro de la plaza pública, porque la gente –por más ciega que esté- siempre tendrá fe en algo, y más aún en algo no verdadero; por

esta razón creo que la llegada del loco a donde estaban estos no creyentes reunidos, no pudo ser algo casual, ya que más bien parece una corroboración por parte de él mismo acerca de la situación en la que se torna el mundo a raíz de esta inesperada muerte. Este encuentro es la prueba fiel del reino del sin-sentido existente, en el que en consecuencia traerá como resultado más intranquilidad e inseguridad, como también el escepticismo de los no creyentes o la falta de fe¹ en un futuro. Sin embargo, el suceso de la muerte de Dios no representa para nada la falta de fe en el mundo, ya que si así lo fuera, la superación de este trance, o sea la recuperación de la esencia misma del hombre*, sería una simple nueva postura de fe y nada más. Contrario a ello, esta situación refleja algo real que se ve claramente en el mundo y que nos invita a abrir los ojos, seamos optimistas o escépticos, para poder darnos cuenta de toda la lamentable situación que se presenta. De esta manera, la aparición del loco frente a aquellos no creyentes, es como una especie de señal de salvación para que empecemos a abrir los ojos y entender lo que está ocurriendo a raíz de este suceso, ya que somos ignorantes de todo lo que esta pasando, desconociendo la suerte de nuestros actos, y navegando así por un camino incierto.

Tanta ignorancia hay en nosotros tras este suceso, que hasta desconocíamos la importancia misma del Dios que hemos perdido. A pesar de que el loco nos lo insinuó indirectamente, no captamos con suficiencia toda esa enorme fuerza que representa este Dios creador; de hecho la grandeza misma de éste, el loco la describe en esta corta oración: "lo más sagrado y lo más poderoso que hasta

¹ En esta ocasión me valgo de un valioso comentario de Martín Heidegger para demostrar que la falta de fe no tiene nada que ver con este suceso: "mientras entendamos la frase "Dios ha muerto" solamente como fórmula de falta de fe, la estaremos interpretando teológico-apologéticamente y renunciando a lo que le interesa a Nietzsche, concretamente la meditación que reflexiona sobre lo que ha ocurrido con la verdad del mundo suprasensible y su relación con la esencia del hombre"(202) "*Caminos de Bosque*" (La frase de Nietzsche "Dios ha muerto") Editorial Alianza, Madrid, 1997 También Zaratustra acerca de la fe dice lo siguiente: "vosotros sois mis creyentes, ¡más que importan todos los creyentes! No os habeis buscado aún a vosotros: por eso me encontrasteis. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe" Así habló Zaratustra, (Editorial Alianza), Pág. 127

* Es importante aclarar que por mencionar que esta idea sea en primera instancia una fórmula para superar la muerte de Dios, no significa que conociendo la respuesta a-priori, así de fácil se puede llegar a su verdad. El proceso que se

ahora poseía el mundo sangra bajo nuestros cuchillos” (§ 125) pero ¿qué significa esto? No me atrevo a confirmar con esta frase la existencia en el mundo de este ser maravilloso antes de su desaparición, es decir, que había un momento de la existencia en la que reinaba la felicidad absoluta a causa de la existencia de este Dios todopoderoso. El loco no da las pruebas suficientes para comprobarlo, ya que éste simplemente deja la posibilidad de su existencia en suspenso, porque solamente lanza gritos de súplica por su desaparición; contrario a ello, el loco sí habla sobre el Dios muerto que reina por ahora, describiéndolo en enormes trazos, lanzando preguntas difíciles y abiertas que invitan a la investigación. Aunque las pruebas del Dios todopoderoso no son contundentes, cabe la posibilidad de que en algún momento de la historia hubo tal reino en el que el sentido de la existencia se valía por sí mismo², y además si murió debió ser porque de alguna manera existió: solo que no sabemos cómo, cuándo y dónde. El caso es que sin el conocimiento de aquel Dios todopoderoso, las condiciones se tornan difíciles para entender los límites de su poderío, el cual –tal vez- en algún momento representó el sentido mismo de la existencia, pero que ahora resulta difícil saberlo debido a que no tenemos referencias exactas de ello. Sin embargo, en el momento de su muerte todo lo maravilloso y divino que ese Dios representó, -sin preocuparnos realmente por si en verdad existió- es un excelente ejemplo para decirnos cómo deberá ser su antítesis, es decir, el Dios muerto del que habla el loco. El paso de un estado a otro, es decir, el paso de esa “poder divino” que representó aquel Dios todopoderoso que matamos, al “Dios muerto” que reina por ahora, supone el traspaso de la misma fuerza que este Dios representó en vida, pero ahora dirigida a su forma contraria tal como la representa su muerte. Pero a pesar de que una cosa muerta simplemente carece de todo lo que representaba en vida, en esta

requiere para llegar a esta recuperación necesita de tiempo y muchas aclaraciones pertinentes: pues ello es lo que en sí trabajaré en mi tesis.

² Si tenemos en cuenta la simpatía que en cierta medida Nietzsche tenía por el mundo Griego, podremos sospechar que el Dios que imploraba el loco, seguramente poseerá las cualidades que suelen poseer los antiguos dioses griegos que tanto admiraba Nietzsche. En algunos aforismos del libro tercero de *la Gaya ciencia*, y en el Tratado II segundo en -los últimos aforismos- de *la Genealogía de la moral*, exactamente (Tratado 23) Pág. 121, se puede apreciar tal simpatía por los dioses Griegos de parte de Nietzsche.

ocasión el Dios muerto que reemplaza al Dios todopoderoso –que muy posiblemente existió ya que ha muerto-, es un Dios vivo, solo que lo llamamos muerto por el hecho de la contradicción misma que representa, es decir, que no es un Dios que como todos produce vida, sino que produce todo lo contrario, o sea muerte y desolación. Recordemos la frase del loco al final del aforismo en el que da cuenta que está situación es un acontecimiento, “este enorme acontecimiento aún está en camino y deambula” (§ 125), lo que significa que este acontecimiento no es un simple estado pasivo, sino que es más bien una acción que constantemente esta en movimiento y deambula entre los hombres, por eso debemos evitar que su sombra siga oscureciendo la existencia. De esta manera, toda la divinidad y perfección que muy seguramente aquel Dios desaparecido mostró en vida, ahora tras su muerte, pasan al plano de la imperfección, es decir, llega el reino de la imperfección de la perfección el cual es el del Dios muerto presente por ahora...

Como antes lo había notado, es difícil hablar del Dios que hemos perdido, ya que el loco no nos brinda las suficientes pruebas que den claramente con su paradero en algún momento de la existencia. La única puerta abierta que se nos presenta entonces para tantear los límites de Dios, es la de conocer la terrible sombra del Dios muerto que reina por ahora. No es tan fácil dar con su paradero, ya que este moribundo es escurridizo y muy astuto. Sin embargo, todos sabemos que con la desaparición del Dios todopoderoso y divino que clamaba el loco, queda el escepticismo en todas sus formas o el sin-sentido reinante, el cual nos brindará las suficientes pistas que den con la aparición de este moribundo. Para llegar a ello debo remitirme a la importante obra de Así habló Zaratustra, más exactamente en su prólogo, donde éste aprovecha la ocasión para hablarle a la muchedumbre que se encontraba reunida en la plaza pública a la espera de la actuación del volatinero. Aquí como es evidente, Zaratustra aprovecha la oportunidad para dirigirse al público y hablar del superhombre tras el sin-sentido reinante por la muerte de Dios, ya que esta es de por sí una de las verdades que Zaratustra

aprende después de diez largos años en la montaña. Las palabras que se dice para sí, en el momento en que baja a la ciudad a hablarles a la muchedumbre, después del encuentro con el viejo Santo del bosque, comprobarán mejor el conocimiento de Zaratustra sobre este suceso: “¡será posible! ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que Dios ha muerto!”³ viéndose claramente la razón por la cual Zaratustra decide bajar de la montaña a predicar a los hombres la palabra acerca del superhombre⁴.

La falta de sentido que padece la existencia es la razón que “obliga” -por decirlo así- a Zaratustra a bajar de la montaña, y es la causa fundamental para el surgimiento de la palabra acerca del superhombre. Todo aquel sin-sentido reinante dentro del mundo y en consecuencia dentro del hombre, es una carga pesada que éste no debe llevar, ya que por representar exactamente la adoración inconsciente del Dios muerto, es necesario que el hombre se libere de todo este molesto peso, para seguir con mayor libertad su camino hacia adelante. Es muy desafortunado no poder conocer de buenas a primeras toda esta contradicción que se presenta tras la existencia de este moribundo, debido a que la insomne sensación que deja su muerte, duerme nuestros sentidos, quedando sujetos a aquel mar inquietante en donde todo se tornara vano y simple, tal como si realmente no pasara nada, ni existiera nada; de la misma manera que cuando se está perdido en medio del mar sin un camino certero para salir. El hastío tal vez sea como una especie de puerta abierta, ya que es la única prueba tangible de su existencia porque es la comprobación misma del sin-sentido que padece hoy el mundo y que produce dentro del hombre ese “gran desprecio”^{*} que es la cuota

³ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza) Pág. 36

⁴ Otro apoyo que me ayuda a corroborar el conocimiento de “la muerte de Dios” por parte de Zaratustra, lo encuentro en la *Introducción a Nietzsche* de Eügen Fink: “Tras la muerte de Dios el verdadero lenguaje del hombre no es nombrar dioses, la invocación de lo santo. Ahora es el lenguaje del hombre al hombre; la proclamación de la suprema posibilidad humana, la doctrina del superhombre. La muerte de Dios es, por tanto, la situación fundamental de la enseñanza de Zaratustra”. E Fink, “Introducción a Nietzsche” (Editorial Alianza), Cáp. III “El Mensaje”, Pág. 79.

^{*} Me parece de vital importancia evitar que se confunda este “gran desprecio”, con la “gran náusea” que presentan los lisiados y los débiles por la dura suerte que les ha tocado “*Genealogía de la moral*”, Tratado III, (§ 14) En el autodesprecio del lisiado, éste sueña con llegar a ser otro, pero cualquiera, ya que lo que menos le importa es llegar a ser él mismo, es

inicial para enseñarnos el mapa que representa bien a este desconocido Dios muerto. Así entonces Zaratustra habla a la multitud: “¿cuál es la máxima vivencia que vosotros podéis tener? La hora del gran desprecio. La hora en que incluso vuestra felicidad se os convierta en náusea y eso mismo ocurra con vuestra razón y con vuestra virtud”⁵ Sentir esa enorme náusea, es lo que posibilitará desembarazar la fuerza interna que se encuentra escondida en el hombre, la cual le permitirá abrir los ojos, o recuperar su sí mismo para ver más allá de esa densa niebla que nubla su mirada, que le imposibilita ser más libre, y que lo somete inconscientemente a un vano y desconocido yugo. Así pues, aquella repugnancia frente a la existencia misma, es el primer paso para tantear o conocer el mundo caótico y contradictorio, producto de la existencia de aquel Dios muerto que ronda por ahora.

Este “gran desprecio” se experimenta al corroborarse la sensación de vacío que dejan las virtudes fundamentales que hasta ahora se han mostrado como pilares principales dentro de la existencia, pero que en algún momento perdieron todo su peso y su brillo, siendo ahora nada más que viejos trofeos llenos de moho y sin valor: la felicidad, la compasión, la razón, la justicia, y la virtud, son cada una de ellas. Todas estas “virtudes” -si se le puede llamar así-, son en gran instancia la representación misma de aquel Dios muerto*, debido a que el paso de los años les ha quitado todo su brillo y su valor, perdiendo todo el peso que las hacía fuertes, y que las hacían importantes dentro de la existencia. Así pues, la muerte de estas virtudes nos enseña que todo lo que prometían a-priori son como diría Zaratustra, “pobreza y suciedad y un lamentable bienestar”, que ilusamente nos situaron dentro del mundo, como metas principales para la realización de una existencia

decir, buscarse a sí mismo. Por otro lado, el hombre que se prepara hacia el camino de la superación de la muerte de Dios, no es una añoranza ingenua de pasar “de golpe”, de un estado a otro, sino más bien la aceptación de su debilidad para que a partir de ese conocimiento sincero de sí mismo, ir recorriendo con más claridad el camino que lo lleve a superar la muerte de Dios.

⁵ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”,(Editorial Alianza) Pág. 37

* Vale la pena aclarar que no solo la muerte de estas cinco virtudes representa en toda su magnitud la idea de la muerte de Dios, sino que también existen otras causas como por ejemplo: el desprecio del cuerpo y el trasmundo que posteriormente veremos. Por ahora solo me estoy remitiendo al prólogo de esta obra.

perfecta o (felicidad), pero que se quedaron no más en ser un bonito sueño, tras la terrible pesadilla que estamos viviendo.

Hablando entonces de cada una de ellas, esto es pues lo que representan: vemos el ejemplo de la felicidad, que no ha sido más que una escurridiza ilusión que todo hombre ha querido atrapar pero que se le escapa fácilmente, pareciendo en realidad como si ésta no existiera: “¡que importa mi felicidad! Es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar. ¡Sin embargo, mi felicidad debería justificar incluso mi existencia!”⁶ Igual hastío se experimenta también por la razón, la cual “ansía el saber lo mismo que el león su alimento”, pero que no ha podido encontrar nada más que la duda y espacios vacíos que aún no ha logrado llenar con todo el “saber” de su conocimiento. Por otro lado, la virtud hasta ahora no ha enseñado nada más que “virtudes adormideras”^{*} que han hecho del hombre un ser manso, débil, y con miedo a imponer su propio destino. La justicia tampoco escapa a este sin-sentido reinante en la tierra, por ser una horrible máscara que se hace pasar por “la verdad” para tener el derecho de juzgar arbitrariamente todo lo que no sea “conveniente” o no esté de su lado. Y por último^{*} la compasión, que no es más que una muestra fiel de toda aquella moral y balbuceo de virtudes adormideras que han hecho del hombre un ser manso e insignificante que ni así mismo es capaz de despreciar, ya que antes prefiere apiadarse de sí que intentar corregirse: “¿no es la compasión acaso la cruz en la que es clavado quién ama a los hombres?” De esta manera, toda aquella muerte de estas virtudes nos enseña un panorama claro de la situación actual del mundo, en la que ningún camino es preciso ya que la duda y la incertidumbre recaen sobre todo, siendo necesario recuperar aquella confianza que se ha perdido a las cosas, es decir, recuperarle el valor y el peso mismo a todo lo que se perdió anteriormente.

⁶ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza) Pág. 37

^{*} Más adelante en los discursos de Zaratustra, aparece El maestro de las virtudes –las cátedras de la virtud- el cual es un experto en enseñar este tipo de virtudes adormideras. Así habló Zaratustra, (Editorial Alianza), Pág. 56

Es claro entonces que estas cinco “virtudes” muertas que Zaratustra puso aquí dejan un plano casi irreal y absolutamente vacío sobre el que no podrán vislumbrarse las puertas de salida debido a que cada una de ellas representa aún más de lo que a simple vista muestran, cerrando todas las posibles puertas abiertas y dejándonos encerrados en una especie de habitación estrecha. En un sentido más amplio, estas virtudes representan: la felicidad por ejemplo, hace parte de la virtud más importante ya que se presenta como el medio adecuado para alcanzar el placer y la “tranquilidad” en la vida; la compasión, que hace parte de todo el complejo mundo de la moralidad y de la iglesia; la justicia, que se representa a través del Estado y el derecho; la virtud, que en sí es todo lo valorable, bueno y apreciable*; y la razón, que obviamente representa lo que es la ciencia, la metafísica y el conocimiento. Con la muerte de todas las virtudes fundamentales para la existencia, la falta de los condimentos esenciales que le dan sabor a la misma brillará por su ausencia ¿qué queda entonces por hacer? Poco a poco se muestra el panorama más claro de la magnificencia de este importante acontecimiento, por ello las preguntas que hace posteriormente el loco cobran cada vez más coherencia: “¿cómo fuimos capaces de bebernos el mar hasta la última gota? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos esta tierra de su sol?” (§ 125) enseñándonos que ese sentido muerto que sufrimos junto con la existencia, nos conducirá a que todas nuestras acciones sean vanas y simples, tal como si verdaderamente lo importante se hubiese agotado y no existiera nada sobre lo que hay que actuar: por eso las luces de la verdad cada vez más se alejan, agotándose tenuemente su poco brillo; el mar del conocimiento que aparentemente parecía inagotable, esta mendigando ahora sus últimas gotas de rocío. No tenemos nada sobre lo que hay que pensar, nuestro mundo se desencadenó de su sol del conocimiento que nos iluminaba día a día y hacía dichosa nuestra existencia con su abundante energía

* En la forma como presento todas estas virtudes muertas, no llevará el orden por el cual las voy a trabajar a cada una de ellas.

que nos mostraba puertas o caminos abiertos, pero en la que ahora debido a toda esta escasez reinante, ya no hay nada sobre lo que hay que actuar, ningún valor, ningún camino certero a seguir.

Siguiendo con el clarividente discurso del loco, las preguntas posteriores vislumbran mejor el recorrido por el cual debe trazarse la ruta de la definición de esta importante frase: “¿qué hicimos cuando desencadenamos esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Hacia dónde nos movemos nosotros? ¿Lejos de todos los soles?” (§ 125) Sin el valor, el peso, y el brillo que pierden las virtudes tras la muerte de Dios, el sentido mismo que debemos recuperarle al mundo es completamente incierto. Los valores existentes siguen presentes aún, solo que no tienen el peso y la fuerza suficientes como para poder determinar un sentido nuevo que se atreva a dirigir correctamente la vida, a no tener miedo a dioses ni a la existencia, y en definitiva a superar el increíble obstáculo que representa la muerte de Dios: por esta razón es que son completamente nulos ante la existencia, estando muertos, ya que de por sí no representan un sentido favorable que se atreva a trazar una meta, un lugar, o un para qué al hombre. La tarea es pues la de recuperar ese sentido a todos aquellos valores que han perdido su brillo, pero con la desvalorización actual ¿cómo poder recuperarlo? ¿De qué tipo de sentido estamos hablando ahora? ¿Hacia dónde verdaderamente puede conducir ese nuevo sentido incierto?

El grave problema que se presenta por esto, es que al contrariarse los valores y las virtudes actuales, no tendremos la absoluta certeza de poder llamar con su verdadero nombre a las cosas, debido a que si hablamos de lo bueno, seguramente la desvalorización lo hará malo; si hablamos de lo santo, seguramente se volverá diablo; si hablamos de lo alto, muy seguramente será bajo; si vamos hacia delante, seguramente nos estaremos conduciendo hacia atrás. Toda esta confusión ocurre tal cual como lo predica el loco: “¿no caemos

* Esta visión de la virtud es la que Zaratustra ataca, debido al carácter moralizado que posee, la cual impide emplear toda la fuerza existente en el hombre para enriquecerla ya que la moralización que posee la virtud, solo permite enriquecer las

continuamente? ¿Y hacía atrás, hacía los lados, hacía adelante, hacía todos los lados? ¿Hay un arriba y un abajo?” (§ 125) Sin las apreciaciones suficientes que den con una definición precisa de las cosas, el mundo se tornará caótico, donde no habrá un equilibrio fijo sobre el cual la existencia se pueda sostener: por eso vamos “hacia adelante, hacía atrás, hacia todos los lados”, ya que con la muerte de la virtud, la poca fuerza que proporcionará el hombre se reducirá sencillamente a ser un esfuerzo nulo y sin sentido. De esta manera, la idea de Dios ha muerto puede entenderse también, -a través de Zaratustra- como “la virtud ha muerto”^{*}, ya que la virtud es la fuerza fundamental en el hombre que lo ha llevado a ser el que es, y que a causa del escaso poder que presenta –en este momento-, se ha estancado en la mediocridad, sin las condiciones reales de poder superarse a sí misma. De esta manera entonces, tras la muerte de Dios, la posibilidad que tiene el hombre para superarse a sí mismo o seguir un camino certero en la existencia, es la de seguir el camino del superhombre que es la doctrina que enseña Zaratustra, pero que la gente no le entiende; o la de seguir haciendo parte de la estirpe creciente del último hombre^{*}, que es la que reina por ahora y se fía de seguir por la ruta adecuada, pero que para Zaratustra no es más que la peor posibilidad que puede tomar el hombre ya que éste precisamente se encuentra llevándole flores a la tumba de Dios.

virtudes que a-priori se consideran “buenas”.

^{*} Me parece de suma importancia aclarar que la visión de la virtud en Nietzsche hace mayor referencia a la capacidad de fortaleza que puede tener el hombre a través de la misma, contrariándose entonces, a las visiones habituales que los filósofos antiguos como Platón, que la referían exclusivamente a lo bueno, convirtiéndola en el concepto por excelencia que se le ha otorgado a la virtud en general, y que fue el paso fundamental para moralizarla. En el diálogo de *Menón* por ejemplo, puede apreciarse esta moralización de la virtud. Más adelante mostraré porque la virtud es tan importante para Zaratustra.

^{*} La importancia de este último hombre es descrita por Nietzsche así: “En este sentido Zaratustra llama a los buenos unas veces “los últimos hombres” y otras “el comienzo del final”; sobre todo los considera como la especie más nociva del hombre, porque imponen su existencia tanto a costa de la verdad como a costa del futuro” (*Ecce homo*, Alianza, Pág. 127) En un valioso comentario, Eügen Fink nos dice acerca del último hombre: “el último hombre somos nosotros, todos nosotros, que el domingo creemos en Dios, que hacemos uso de las diversiones masivas, del tiempo libre organizado por otros, para no ser devorados por el horroroso aburrimiento de una vida que no quiere nada, que en el fondo quiere “la Nada”. E. Fink, “*Introducción a Nietzsche*”, (Editorial Alianza), Cáp. III, “El Mensaje”, Pág. 78.

Este bien llamado “último hombre”, es el hombre moderno que en sí hizo honor a aquella “virtud pobre” abanderándola y justificándola ante la existencia. Aquel personaje dice haber “inventado la felicidad”, contagiando con su supuesta alegría al mundo que se torna hipnotizado bajo aquella aparente ilusión en la que el hombre no ha podido aún fiarse de su verdadera identidad. El balbuceo de virtudes como la igualdad ante Dios y ante todos, y la abogacía por la aparente inexistencia de nobles y esclavos, hacen parte del repetido discurso que éstos profesan entre las personas*. Todas estas consignas no son más que una demostración clara del miedo ante la existencia, la cual le impide al hombre desenvolverse libremente para superarse a sí mismo y no conformarse con ser iguales ante los demás. No hay duda que aquel miedo a la existencia es lo que les ha permitido asumir una actitud avara ante la vida, que quiere reservarse la energía de sí mismo con la supuesta excusa de hacer del mundo un mejor vivir y no un lugar en el que nos atacamos mutuamente cual si fuéramos perros y gatos: precisamente por esto el último hombre se siente “importante”, ya que con la reserva de toda esa energía interna que se encuentra dentro del hombre, puede mantenerse a cabalidad su iluso proyecto de la cultura y la civilización, las cuales garantizan una supuesta “tranquilidad” que se define más bien como dominio, poder o domesticación sobre los otros. Así entonces Zaratustra en su ataque directo al último hombre, ataca también su más fiel aliado que posibilita la consumación de ese proyecto y el cual no es otro que la cultura: “¿cómo llaman a eso que los llena de orgullo? Cultura lo llaman, es lo que los distingue de los cabreros”⁷ El hombre actual se encuentra contagiado por todas esas máximas que los últimos hombres predicán; de hecho la homogeneidad que ellos tanto buscan ha hecho a la mayoría de los seres de la tierra iguales, mansos y débiles, -como los quiere la cultura, como los quiere el estado, como los quiere la justicia- a la

* El “último hombre” es una especie de estirpe que representa la situación misma del Dios muerto y cuya misión es la de persuadir a la gente haciendo adoración a ese moribundo Señor. En el rebaño por ejemplo, es donde más se manifiestan los últimos hombres. En el prólogo de *Así habló Zaratustra*, éste nos recuerda que “el último hombre” forma parte como de una especie de comunidad: “su estirpe es indestructible, como el pulgón; el último hombre es el que más tiempo vive” Así habló Zaratustra, (Editorial Alianza), Pág. 41

⁷ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra” (Editorial Alianza), Pág. 40

misma imagen patética que representa el último hombre. Para Zaratustra esta situación se torna preocupante, ya que día a día toma mayor aprecio la imagen engañosa del último hombre y su rebaño, contaminando a los hombres que, bajo la ignorancia a la que están sujetos, no encontrarán el camino por sí mismos, convirtiéndose así en presas fáciles de la ilusas enseñanzas y promesas que profesa la estirpe de este horrible ser, e impidiéndole así al hombre conocer la posibilidad de superar la existencia, es decir, impidiendo conocer el Dios muerto que es la primera condición para hacerlo*.

Este personaje, llamado último hombre, es uno de los máximos exponentes de la cultura la cual la justifica y la defiende imponiéndola a los hombres como la mejor manera para vivir: por ello se atreven a decir sin ningún tipo de reparo: “nosotros hemos inventado la felicidad – y parpadean”⁸. Pero el problema cada vez se hace mayor, ya que mientras justifican esta engañosa actitud que debe asumirse ante la vida, su patética estirpe se va expandiendo más en el mundo cual si fuera una especie de virus maligno que terminará por contagiar todo y quitarle a la vida las posibilidades de supervivencia*: por ello Zaratustra dice: “es tiempo de que el hombre fije su propia meta. Es tiempo de que el hombre plante la semilla de su más alta esperanza. Todavía es bastante fértil su terreno para ello. Más algún día ese terreno será pobre y manso, y de él ya no podrá brotar ningún árbol elevado”⁹ La forma particular con la que el “último hombre” quiere ver el mundo, no es más que una manía perezosa y austera que quiere recorrer con pasos adelantados los difíciles retos que la vida misma presenta: por esto es que para él la felicidad se le

* E. Fink en uno de sus valiosos comentarios nos enseña que los conocedores de la muerte de Dios son los que han superado la vana existencia, como los Superhombres por ejemplo: “el superhombre, que conoce la muerte de Dios, ve en éste tan solo un reflejo utópico de la tierra” Más adelante hablaré sobre la importancia de la tierra como paso esencial hacia la superación de la muerte de Dios. E. Fink, “*Introducción Nietzsche*”, (Editorial Alianza), Cáp. III, “El Mensaje”, Pág. 81

⁸ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 41

* En *la genealogía de la moral*, Tratado I, Nietzsche habla del fuerte poder (psicológico) de los enfermos que con su envidia hacia los fuertes los contagia hasta enfermarlos también: por ello la estirpe del último hombre resulta supremamente peligrosa para la consecución de hombres superiores, es decir, de los hombres que puedan superar la muerte de Dios, ya que irónicamente la fortaleza psicológica de ellos, puede enfermar a los verdaderos hombres nobles y fuertes.

hace fácil ya que para éste “la tierra se ha vuelto pequeña entonces, y sobre ella da saltos el último hombre, que todo lo empequeñece”, negando la magnitud que la vida misma presenta, engañando a los hombres con aquella especie de “velo maya” que muestra al mundo como un jardín infantil con obstáculos y barreras fáciles de superar. La actuación en función por ejemplo, es uno de los recursos que dirigen al hombre por el camino sencillo, actuando siempre en pro del rebaño mismo, para borrar así la importancia del individuo, condenándolo siempre a ser como los demás y no superar la pésima situación a la que se encontrará siempre sujeto*. Mientras este tipo de actitudes se mantengan, no existirá entonces la posibilidad de que crezcan “árboles elevados”, ya que todos estaremos sujetos a nuestra mediocridad, y a la domesticación que ellos nos imponen.

El último hombre no pertenece a la raza sacerdotal; aunque se le considera como “el hombre bueno y a la vez justo”^{*} puede pertenecer a la estirpe judía, pero en realidad lo que éste verdaderamente representa, es la especie de hombre que hay que dejar atrás, es decir, la posibilidad que el hombre no debe tomar porque es el terrible producto de la muerte de Dios. Para Zaratustra debemos rechazar esta especie de hombre, ya que es decepcionante su comparación con el superhombre y más aún con la posibilidad de llegar algún día a él, ¡es imposible! Por su forma particular de ver el mundo –de la cual habíamos hablando antes- y en la que se destaca la facilidad por querer hacer las cosas, el miedo ante el dolor y el cambio, en definitiva la forma fácil y austera en la que se quieren alcanzar las metas, imposibilitara realmente conseguir grandes retos o elevadas estrellas: “yo os digo: es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella

⁹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 40-41

^{*} En el segundo capítulo comentaré otros problemas que atañe la actuación en función de los hombres, como la compasión o la benevolencia, por ejemplo.

^{*} Son muchas las connotaciones que tiene esta expresión. En varias ocasiones Zaratustra la utiliza para hablar de que los “buenos y los justos” son los Judíos, lo mismo que los creyentes de la fe ortodoxa, los últimos hombres, etc. El caso es que la referencia más acertada, y lo que destaca Zaratustra en ellos es la siguiente: “¡Ved los buenos y los justos! ¿A quién es al que más odian? Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador, al infractor, pero ése es el creador” Pág. 47 De esta manera la tarea del último hombre es muy simple, conservar las cosas viejas: “el noble quiere crear cosas nuevas y una nueva virtud. El bueno quiere las cosas viejas y que se conserven”.

danzarina. Yo os digo: vosotros tenéis caos dentro de vosotros. ¡Ay! Llega el tiempo en el que el hombre no dará ya a luz ninguna estrella. ¡Ay! Llega el tiempo del hombre más despreciable, el incapaz de despreciarse a sí mismo. ¡Mirad! Yo os muestro el último hombre”¹⁰ El mundo no es así de perfecto como ellos lo imaginan, siendo un mal necesario la presencia de caos dentro del hombre mismo, la presencia del odio de sí mismo, para que teniendo en cuenta esta patética apariencia, tomar consciencia de la necesidad de exigirnos más y llegar –algún día- a ser mejores, a conseguir un Dios más exigente, o un sentido de existencia que posibilite la superación de sí mismo. Pero el último hombre vive conforme con lo que es, no quiere ningún tipo de cambios^{*}; el haber descubierto supuestamente la felicidad le impide dirigir una mirada sincera hacia sí mismo que lo haga entender su pobre apariencia, y así poder exigirse mayores retos en vez de seguir engañándose, apidiándose de sí, y adorando un Dios misericordioso. De esta manera, la presencia de estos últimos hombres impide en definitiva superar la vida misma, y superar la horrible situación de la muerte de Dios. Su adoración a este moribundo, le impide tener claras sus metas, teniendo siempre sobre su mirada una realidad oscura, mentirosa e incierta, cuya única claridad existente es la presencia de tumbos con los que a toda hora anda tropezando, pero que por su “ingenuidad” no cree ni puede entenderlo: “¿no sentimos el alentar del espacio vacío? ¿No se ha vuelto todo más frío? ¿No llega continuamente la oscuridad y más oscuridad? ¿No tendrán que encenderse lámparas a medio día?” (§ 125) pero el último hombre jamás entenderá eso, permaneciendo siempre ignorante acerca del “diablo” que infinitamente seguirá adorando, y de la ridícula contradicción de la existencia, y amor a la “Nada”, que está justificando.

A pesar del pobre y lamentable estado en el que se encuentra hoy día el hombre, Zaratustra siempre ha puesto su confianza en él: “la grandeza del hombre está en

¹⁰ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid) Pág. 41

^{*} Esta especie de hombres –típicos del pueblo o los rebaños- no gusta de los cambios, pero si habitualmente tiene sentidos cambiantes que lo llevan a creer un día en algo, y al otro en una cosa completamente diferente. Más adelante, en los discursos de Zaratustra (de las moscas del mercado) puede apreciarse estos “sentidos cambiantes” en el hombre.

ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso”¹¹ No es solo “el gran desprecio” lo que se debe sentirse por el hombre para poder recuperarlo, también un gran amor se desembaraza a través de ello, porque quien es capaz de amar ha despreciado profundamente a su objeto amado; y así, por muy decaída que esté la actitud y la capacidad del hombre actualmente –gracias al contagioso virus del último hombre-, siempre existirá la fe en que éste pueda llegar a ser mucho mejor. Pero el camino es muy difícil, no basta con solo estirar la mano para alcanzar elevadas estrellas, ya que si agarramos algo seguramente será un pájaro poco elevado, un reto insignificante que no nos conduce a nada. Debemos escuchar entonces “el ruido de los sepultureros que entierran a Dios, ¿no olemos nada de la putrefacción divina? También los dioses se descomponen” (§ 125), pero desafortunadamente no tenemos los órganos adecuados para olerlo, para verlo y para entender que las verdaderas metas no son planes de un solo día, no son razones que están por encima de las estrellas y que se pueden llegar a ellas adorando a un falso Dios que todo lo empequeñece y que con su facilidad se ufana de ser la idealización y sentido de la existencia que nos prometerá infinidad de cosas –así sea en otra existencia-: “en otro tiempo el delito contra Dios era el máximo delito, pero Dios ha muerto y con Él han muerto esos delincuentes”¹², ahora el camino es del hombre, y solo éste puede permitirse la otra posibilidad de existencia la cual es el superhombre, es decir, el conocedor de la muerte de Dios, y por ende el dador de un nuevo sentido a la existencia; por eso debemos estar preparados para superarnos a nosotros mismos, ya que esto es un trabajo sumamente difícil. El problema de todo ello es que el hombre jamás podrá entender fácilmente este suceso. Entender todo este acontecimiento de la muerte de Dios implica un gran paso hacia la comprensión o el encuentro directo con el superhombre, pero los hombres comunes y corrientes no entienden aún que Dios ha muerto, porque no son lo suficientemente grandes y fuertes como para poder digerir esa (terrible)

¹¹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 38

¹² Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 37

verdad, y no están preparados para la dura tarea de superarse. Muchos años de tradición, de una tradición enferma, sumergida en el sin-sentido, en el miedo y la pereza, los ha hipnotizado con sus falsas enseñanzas y sus estúpidos balbuceos, (como la compasión y el amor al prójimo), impidiéndoles conocer la terrible verdad de que aquellas falsas promesas que prometía ese débil Dios, todas ellas han muerto: por ello la ida de Zaratustra a la ciudad para hablarles del superhombre fue en vano. Así, después de su brillante discurso en el que hablaba del carácter despreciable del último hombre, la muchedumbre gritó al unísono:” ¡danos ese último hombre, oh Zaratustra –gritaban- haz de nosotros esos últimos hombres! ¡El superhombre te lo regalamos!”¹³, enseñándonos claramente la visión ciega que poseen los hombres, quienes contagiados por la tradición de las virtudes adormideras, no pueden ver más allá de lo que sus maestros profesan, siendo casi imposible entender la palabra sobre el superhombre, y de esta manera la superación de la muerte de Dios. Así entonces, dentro de la multitud la enseñanza del superhombre se hace cada vez más difícil, su encuentro no puede estar allí debido a que ellos están acostumbrados a escuchar el ruido fastidioso de los comediantes los cuales son los que tienen el toque mágico de persuadirlos volviéndolos locos a ellos, tal como va la locura del sentido mismo de la existencia¹⁴. Pero el problema no es de convencer, sino de entender; y la verdad acerca del conocimiento de la muerte de Dios y del superhombre, jamás podrá estar dentro del pueblo y la muchedumbre, jamás puede ser “inyectada” o persuadida a los demás, porque tiene que ser experimentada por el hombre mismo, vivida y sufrida al mismo tiempo. De esta manera, todos aquellos bonitos discursos que Zaratustra dijo a la muchedumbre de la plaza pública fueron en vano, ya que los sucios oídos del hombre están acostumbrados a escuchar solo al que parlotea, y la verdad que les traía Zaratustra era algo sumamente grande, inaudible a los oídos sucios del último hombre, “solo se escuchan las preguntas

¹³ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 42

¹⁴ Más adelante en el discurso “de las moscas del mercado”, Zaratustra dice: “El pueblo comprende poco lo grande, esto es: lo creador. Pero tiene sentidos para todos los actores y comediantes de grandes cosas. En torno a los inventores de

para las que se es capaz de encontrar una respuesta” (§ 196) y muy seguramente la respuesta que Zaratustra ansiaba encontrar en la plaza pública, tendrá que estar escondida en otra parte, viéndose claramente que la posibilidad que decidió tomar el hombre de la ciudad a raíz de la muerte de Dios, es la de seguir haciendo parte del último hombre: “¿cómo nos consolaremos los asesinos de todos los asesinos? ¿Quién nos enjugará esta sangre? ¿Con qué agua lustral podremos limpiarnos? ¿Qué fiestas expiatorias, qué juegos sagrados tendremos que inventar? (§ 125) Ahora la luz de la verdad que debemos buscar tiene que reflejarse dentro de paisajes multicolores menos sombríos que las lóbregas calles de la ciudad; nuestros oídos deben prepararse antes para escuchar el alegre cantar de los pájaros, para sentir la brisa intensa de las montañas, y el rico aroma de los árboles. La luz de la verdad no se encuentra en la ciudad, esta en los bosques, por esto es que la situación misma que se presenta lleva a Zaratustra a emprender nuevamente su huida hacia sus amadas montañas que siempre lo han acogido como su verdadero hogar.

No solo la decisión de los hombres del mercado fue la causa principal para que Zaratustra volviera a sus amados bosques y montañas; la trágica muerte del volatinero, quien era el que iba a presentar su espectáculo y que fue cobardemente lanzado por el bufón de la torre de la cuerda de equilibrio en la que el volatinero se encontraba sujeto, ayudó en gran medida para que Zaratustra emprendiera rápidamente su huida. Este inesperado suceso cayó “como anillo al dedo” a Zaratustra, ya que éste se encontraba confundido entre la multitud y en la incertidumbre de saber porque todos estos no lo escucharon. Solo la llevada del cadáver del volatinero a cuevas por los bosques y pantanos, lo hizo comprender que dentro de la ciudad nada tiene que esperar, ya que allí solo puede encontrar la risa y la burla de la muchedumbre y el profundo odio de los buenos y los justos, y los creyentes de la fe ortodoxa que lo consideran como su enemigo ya que creen

nuevos valores gira el mundo: -gira de modo invisible- Sin embargo, en torno a los comediantes gira el pueblo y la fama: así marcha el mundo” Pág. 90

que este viene a robarles su rebaño. Pero Zaratustra hace caso omiso a todas estas habladurías y desprecios de la gente, y con el cadáver del volatinero a cuestas pasa toda la noche hasta que el cansancio llega a su cuerpo para así entregarse a un esperado y profundo descanso. Entre aurora y aurora comprendió claramente toda la verdad: “entonces se levantó con rapidez, como un marinero que de pronto ve tierra, y lanzó gritos de júbilo: pues había visto una verdad nueva y habló así a su corazón”¹⁵ Tal conocimiento que llegó en buen momento a los oídos de Zaratustra no era más que emprender la búsqueda de compañeros de viaje que estén preparados como él para el conocimiento de aquellas verdades importantes que lo guíen directamente al encuentro con el superhombre: “una luz ha aparecido en mi horizonte: ¡no hable al pueblo Zaratustra sino a compañeros de viaje! ¡Zaratustra no debe convertirse en pastor y perro de un rebaño!”¹⁶ La huida nuevamente al bosque no es más que con el objetivo de encontrar y a la vez enseñar a todos estos nuevos discípulos que voluntariamente decidieron apartarse del rebaño para seguirse a sí mismos, siguiendo a Zaratustra, y así entender que Dios ha muerto y que la nueva luz y esperanza está en el hombre, pero en el hombre apartado de la ciudad, (solo hay que saberlo buscar)

En definitiva, las consecuencias de la muerte de Dios son muy notorias; los rostros cansados de la mayoría de las personas reflejan el sello inconfundible de ello. Algunas personas como los no creyentes, o los mismos nihilistas o pesimistas, creerán que con su negación de la existencia son inmunes a todo esto, pero se equivocan en pensar en ello ya que su escepticismo “ingenuo” y su quejadera molesta, no son más que muecas absurdas ante la existencia porque con eso demuestran un profundo miedo a la vida en el que no se atreven a asumir un papel de verdad. Antes que vivir la vida prefieren negarla, ultrajarla o rechazarla, siendo la máscara que ponen ellos para asumir su existencia. Así pues este rechazo no los hace inmunes a nada, al contrario, los hace cómplices de la muerte

¹⁵ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza) Pág. 47

¹⁶ Ibid, Pág. 47

de Dios, porque dentro de su nihilismo y pesimismo justifican toda esta decadencia, hundiéndose así junto con ello. El caso contrario ocurre con los creyentes, los cuales están hipnotizados por aquella falsa creencia en ese Dios remunerador que promete placeres, tranquilidad, y vida eterna, a cambio de un injustificado sacrificio que hace del hombre en la tierra un ser débil y manso. Estas actitudes no son más que el reflejo claro del hombre tras la muerte de Dios: escepticismo, nihilismo, pesimismo, creencia injustificada, todas ellas son las posturas que ha tomado el hombre, bajo la ignorancia de no conocer el terreno débil donde todo ello está plantado, siendo no más que la apariencia de un Dios muerto que sigue presente por ahora.

CAPITULO II

¿POR QUÉ Y COMO MATAMOS A DIOS? ¿CUÁL ES EL MISTERIO QUE NO NOS LLEVA AÚN A COMPRENDER ESTA (TRAGICA) MUERTE?

Siguiendo con la indagación de todo el problema que representa este inesperado suceso, resulta necesario ahora responder primero a la pregunta de cómo matamos a Dios. Es muy claro que dentro del discurso del loco, éste nos habla o nos enseña únicamente que nosotros fuimos los asesinos de Dios, “¡nosotros lo hemos matado, vosotros y yo!” (§ 125), pero aún no nos presenta, ni nos muestra las razones por las cuales cometimos aquel irónico asesinato. Bien sabemos que el loco no es del todo conocedor sobre este suceso, porque dentro de su discurso no dice cómo lo hicimos, por qué lo hicimos, y para qué cometimos semejante incidente; el loco simplemente habla de las consecuencias de ese asesinato, pero no define como fue que realmente ocurrió. Me parece de vital importancia entonces, llegar al fondo de este misterio ya que su consecución abre aún más las posibilidades o el entendimiento que den con el conocimiento completo de este inesperado suceso: por ello la indagación ahora apunta a saber las razones por las cuales hemos matamos a Dios.

Para acercarnos a ese misterio es necesario acudir nuevamente a Zaratustra. La importancia de Zaratustra es enorme ya que como antes lo había mencionado, éste es el anunciador del rayo, y del arco iris que nos conducirá hacia nuevas metas, es decir, al superhombre, el nuevo sentido de la existencia: “mirad, yo soy un anunciador del rayo y una pesada gota que cae de la nube: más ese rayo se llama superhombre”¹⁷ Ya Zaratustra nos había demostrado a plenitud que la mejor posibilidad de la existencia es tomar el camino del superhombre porque la molesta

sombra que representa el “último hombre” es el enemigo que se debe vencer, ya que éste es quien seguirá aun más enterrándolo y llevándole flores a la tumba de Dios, porque la no-vida es la justificación de la existencia que estos últimos hombres profesan, debido al miedo profundo que sienten por ella, haciendo de la pereza, del cansancio, del amor por lo inescrutable, es decir por las más lejanas alturas que transpiran los más ingenuos alientos de esperanza, la mejor forma para vivir. Ese sin-sentido reinante, es lo que lleva a afirmar que Dios ha muerto, siendo necesario encontrar esa llave mágica que pueda abrir todas aquellas puertas cerradas que han quedado trancadas gracias al ingenuo papel que hasta ahora han llevado los “últimos hombres” en la tierra: Zaratustra es esa nueva luz, Zaratustra posee la llave de la existencia que nos abrirá esas puertas para encontrarle posibilidades reales a la vida; por esta razón, debemos tener muy claro los discursos que él nos mostrará en la primera parte, debido a que en ellos están contenidos todos los pormenores y las razones que nos enseñarán porqué fue que matamos a Dios.

Son muchas las razones por las cuales hemos matado a Dios. En esta oportunidad empezaré analizando tres acciones de vital importancia que me llevarán a buscar punto por punto los misterios que acompañan a este incidente. En rasgos muy generales puedo afirmar que la muerte de Dios se debe entonces a tres (hechos) determinantes de los que ya había mencionado en el primer capítulo: trasmundo, desprecio del cuerpo, y muerte de la virtud (moral, razón, justicia, felicidad, y virtud) Todo esto en conjunto me llevará a la respuesta esperada que desde el inicio de este capítulo me he propuesto encontrar: por ello ahora resulta importante saber ¿a quiénes van dirigidos estos discursos?, ya que no debemos olvidar que cuando Zaratustra intentó pronunciarlos en la ciudad, los habitantes de ésta no lo comprendieron, tomándolo por un loco que dijo palabras de completo desagrado, demostrando así que la comprensión de esta verdad requiere de cierto “mérito” para conocerla. Contrario a ello, en esta oportunidad

¹⁷ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid) Pág. 40

Zaratustra se dirige verdaderamente a quienes sí lo escuchan, y están preparados a asumir lo que implica saber este nuevo conocimiento.

La ida nuevamente de Zaratustra a sus amados bosques y montañas no fue algo en vano entonces, representa un nuevo terreno, un lugar en el que puede vivir el hombre sin convertirse en presa fácil de los pastores de rebaño para desenvolverse libremente sin mezclarse con la muchedumbre, y así tener la posibilidad de la difícil tarea de encontrarse a sí mismo. En las lejanías del bosque y la montaña es donde se hacen hombres dignos y capaces de poder cargar la dura verdad de la muerte de Dios, ya que la vida en aquellos hermosos lugares les enseñan otra forma de vivir, junto con las plantas y los animales, disfrutando de las enriquecedoras mieles de la soledad, conociendo otra clase de esencias y sabores de la abundante variedad que la vida ofrece. Contrario a ello, muchos creen que la ciudad es el mejor lugar para vivir –como lo dicen los últimos hombres al rendirle culto a la cultura- que ven todas las posibilidades de la vida reunidas allí, junto al otro, en medio del rebaño, contagiándose de la mediocridad de los pequeños que necesitan de la fortaleza de los grandes para surgir en la existencia. Ese ambiente no genera más que el continuo flujo de temores y miedos ante la vida, creándose una comunidad de débiles que se amparan bajo la sombra del otro, debilitando la naturaleza poderosa del hombre que por sí mismo puede alcanzar las inalcanzables cimas que los hombres inferiores jamás pensarían alcanzar. De esta manera, los discursos que Zaratustra profesa en la montaña sencillamente van dirigidos a los que están fuera de la ciudad; los que sintieron el gran amor y el gran desprecio por el hombre; y los que desean siempre “hundirse en su ocaso”^{*}, ya que ellos son –hasta ahora- los únicos hombres preparados a escuchar verdades superiores en las tranquilas y silenciosas soledades del bosque y la montaña.

^{*} En el prólogo Zaratustra (discurso 4, Pág. 38) se emplea mucho esta expresión ya que hace referencia a los que quieren “pasar al otro lado”, bien sea hacia la “decadencia” o a la “satisfacción”. En todo caso “hundirse en su ocaso” no tiene connotaciones morales ya que los que más se resalta es la entrega total, absoluta y a fondo por algo nuevo, por

Antes de ir directamente a los discursos, un punto que creo conveniente aclarar es la visión que cada uno de estos dos “oráculos” –el loco y Zaratustra- tienen sobre el Dios desaparecido. Me parece de vital importancia aclarar este punto ya que mi indagación así lo indica, porque me permitirá cerciorarme de que estos dos discursos guardan en el fondo algo común que los podrá sintetizar. Para el loco – como lo había mostrado en el primer capítulo- Dios era “lo más sagrado y poderoso que poseía la existencia” (§ 125): por ello resultó ser una lamentable pérdida su desaparición. Sin embargo, posteriormente el loco afirma lo siguiente: “¿no es la grandeza de este hecho demasiado grande para nosotros? ¿No hemos de convertirnos nosotros mismos en dioses, solo para estar a su altura?” (§ 125) Al parecer aquí la visión del loco se repliega hacia otro punto totalmente diferente a las lamentaciones que mostraba en la primera mitad de su discurso en las que demostraba un desespero increíble por todas las desgracias que conllevaría (la lamentable) pérdida de Dios; lo que aquí realmente se enseña es que debemos estar a la altura de este suceso. “Estar a la altura” no quiere decir ser dioses, ya que esto para el hombre sería imposible, como también para el superhombre que no es ninguna clase de Dios^{*}; “estar a la altura” significa tener la capacidad de poder comprender lo que representa la increíble pérdida que representa la muerte de Dios, ya que ésto requiere fortaleza físico-espiritual (cuerpo sano) y valentía para desprenderse de todos aquellos yugos que esclavizaban al hombre y a la vez lo habían conformado con esa esclavitud: por ello la búsqueda que nuevamente emprende Zaratustra en la montaña, es de prototipos de hombres superiores, que

algo completamente diferente al querer inconsciente de la Nada que estamos practicando; es –como lo decía el propio Zaratustra- “ser flechas de anhelo hacia la otra orilla”. “Así hablo Zaratustra” (Editorial Alianza), Pág. 38

^{*} El superhombre jamás podrá tomar el lugar de Dios ya que su esencia no es lo suficientemente fuerte como para alcanzar el ámbito que representa Dios; de hecho esa esencia pertenece a otro tipo de ámbito, es algo completamente diferente a la naturaleza del ser al que estamos acostumbrados a ver. Heidegger en su conferencia sobre la frase “Dios ha muerto”, nos dice: “el “tranhombre” no ocupará nunca el lugar de Dios, porque el lugar al que se abre el querer del tranhombre es otro ámbito de otra fundamentación de lo ente en su otro ser” (235) “*Caminos de Bosque*”, (Editorial Alianza, Madrid) También en el primer capítulo (Nietzsche, y el más allá del sujeto) del escrito de Gianni Vattimo encontramos el mismo problema de comprender la naturaleza que posee, o a la que pertenece el superhombre, o ultrahombre como el autor termina definiéndolo. Vease “Más allá del Sujeto”, Nietzsche, Heidegger y la Hermenéutica, (Ediciones Paidós)

tengan la capacidad de aceptar todo lo que representa el (terrible) suceso de la muerte de Dios, que sean creadores, que puedan implantarse nuevas reglas, nuevos valores, nuevas metas: “compañeros busca el creador, que sepan afilar sus hoces. Aniquiladores se los llamará, y despreciadores del bien y del mal. Pero son los cosechadores y los que celebran fiestas”¹⁸ que con su valentía y fortaleza se atrevan a desafiar las barreras invisibles de lo tradicional, para así darle vuelta a lo que en algún momento representó el sentido del mundo, como lo fue Dios, porque ahora con su muerte, es el lugar del hombre escribir esa nueva página que le de razones y motivos reales a la existencia. Así, a pesar de que parece más evidente la alegría de Zaratustra por la pérdida de Dios, el loco también muestra al final de su discurso cierto entusiasmo esperanzador por lo que representa esta pérdida: “¡nunca hubo un hecho más grande –todo aquel que nazca después de nosotros pertenecerá a causa de este hecho a una historia superior que todas las historias existentes hasta ahora!” (§ 125) De esta manera, la pérdida de Dios no es solo un hecho para lamentar, sino que también representa la gran oportunidad para el hombre de buscar su propio destino, es decir, el camino que por sí mismo lo llevará al conocimiento de nuevas verdades, a su autosuperación, que le permitirá por fin ir tras la ruta de un camino certero que no se desvíe de su propia meta, y que explore senderos y lugares nunca antes explorados por ningún hombre. La ida de Zaratustra a la montaña nuevamente, representa el encuentro con esas personas que asumirán con valentía esta pérdida, y entregarán todo su empeño en la búsqueda de esa nueva verdad.

Al ver entonces la muerte de Dios como una gran oportunidad para la superación del hombre, debemos mirar entonces los impedimentos que no permiten que el hombre se supere a sí mismo, o que no lo llevan a comprender que Dios ha muerto, porque esa gran oportunidad -para algunos-, puede ser una fuerte tragedia que no pueden asumir; mientras para otros, los que sí quieren atreverse a conocerla: los cosechadores, los que quieren “hundirse en su ocaso”, los que

¹⁸ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 47

celebran fiestas, en conclusión, las personas que Zaratustra osa buscar en la montaña; será la gran oportunidad de poder superarse a sí mismos, de superar las barreras y los obstáculos que la tradición a lo largo de los años ha impuesto. Estos obstáculos que se le presentan en el camino al hombre, no son más que las razones por las cuales matamos a Dios (y lo seguimos matando) porque las aceptamos inconscientemente como verdaderas, siendo muy difícil olvidarlas ya que eso implicaría desarraigarse de todas aquellas enseñanzas que la tradición a lo largo de la historia nos ha encajado: ahora lo más importante es lograr superar esos molestos obstáculos, y para ello resulta necesario conocer entonces cuáles son esas “razones” que se hicieron pasar por verdaderas y que no fueron más que los granos de arena que ayudaron a enterrarlo más.

LOS QUE PROMUEVEN EL ALEJAMIENTO DE LA TIERRA (Trasmundanos, Despreciadores del cuerpo, y Predicadores de la muerte)

Para empezar con estos “sepultureros” que ayudan a enterrar a Dios, iniciaré con los Trasmundanos. El Trasmundano hace referencia a aquella persona que tiene la facilidad para especular sobre supramundos existentes más allá de la tierra, tal como lo hace el Metafísico*, quien tiene la facilidad de sustraerse de la tierra para dar explicaciones a los misterios más difíciles del mundo y de la vida. Seguramente sea testarudo suponer la presencia de todos aquellos supramundos cuando en nuestros ojos se reflejan los paisajes coloridos y cautivadores que nos ofrece la tierra; por eso nos decía Zaratustra en el prólogo: “el superhombre es el sentido de la tierra”, y ¿por qué entonces pensar en trasmundos? He ahí la contradicción que presenta la existencia a raíz de todas esas “invenciones

* Esta alusión encaja perfectamente a Platón, y a todos esos “mitólogos”, sacerdotes y teólogos, que dan explicaciones al mundo con absoluta certeza de verdad. Eso es uno de los graves problemas que la expresión Nietzscheana “Dios ha muerto” nos pone a pensar, es decir, ¿qué tanta legitimidad tiene la metafísica, o el ser de lo ente, ya que la ciencia, la filosofía, y la metafísica indagan sobre cualquier objeto sin preguntarse realmente por su verdad, o por el ser del objeto que indagan? Éste es el problema del que se ocupa Martín Heidegger en su conferencia la frase de Nietzsche Dios ha muerto, “*Caminos de Bosque*”, (Editorial Alianza. Madrid)

poéticas” trasmundanas que buscan la razón de la vida por fuera de este mundo, apartándonos de la tierra la cual tiene muchos tesoros ocultos por conocer. Precisamente la misión del superhombre que nos enseña Zaratustra es ir tras esos tesoros ocultos que aún no le descubrimos a la tierra, para brindarle a ella aquel lugar privilegiado que injustificadamente le habíamos dado a dios, a los trasmundos, y al más allá.

La proyección de Zaratustra, -a través de una mirada que “intenta” ir más allá del hombre* - confirma la contradicción de sus existencias: “sufrimiento fue, e impotencia –lo que creó todos los trasmundos; y aquella breve demencia de la felicidad que sólo experimenta el que más sufre de todos. Fatiga, que de un salto quiere llegar al final, de un salto mortal, una pobre fatiga ignorante, que ya no quiere ni querer: ella fue la que creó todos los dioses y todos los trasmundos”¹⁹ Es una mentira, o por lo menos una invención ingenua, pensar que mirando “más allá del hombre” se revelará mágicamente el canto de un “dios divino”. Tal como las musas, hijas de Zeus y Mnemosyne, le revelaron los cantos divinos a Hesíodo, el trasmundano cree que con sus “proyecciones elevadas” se encontrara en aquellas alturas directamente con “la verdad”, o con ese misterioso dios que se la revelará mágicamente. Zaratustra mismo decía tras aquel fallido intento de mirar más allá del hombre: “hombre era, y nada más que un pobre fragmento de hombre y de yo: de mi propia ceniza y de mi propia brasa surgió ese fantasma, y, ¡en verdad!, ¡no vino a mí desde más allá!”²⁰. Anularse a sí mismo, anularse de las “distorsiones” que presentan los sentidos del cuerpo, no implica necesariamente encontrarse con la verdad, debido a que no existe tal espíritu que vuela libremente hacia el mundo de las ideas, o hacia algo directo absoluto y certero, como alguna vez lo pensó Platón, porque toda esa anulación lo único que verdaderamente muestra es el

* Creo que es importante aclarar que aquel intento de mirar “más allá del hombre” es un fallo; de hecho Zaratustra no pudo hacerlo. Cuando Zaratustra propone al superhombre, éste no lo hizo mirando “más allá del hombre”, sino todo lo contrario, es decir, mirando en el interior del hombre para cerciorarse así de su “bajeza”, y de su pobreza que le han impedido superarse así mismo. Lo que si iría más allá del hombre es la consecución del superhombre.

¹⁹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza). Pág. 61

²⁰ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 62

cansancio y las pocas ganas por vivir, y por querer desear la belleza existente en las cosas, lo cual es lo que permite darle un valor y sentido a ellas..

Crear ver “más allá” del hombre es un obstinado intento que busca escapar de los temores más fuertes existentes en él, para proyectarlos ilusamente en otro ser, creando en uno mismo ese fantasma hecho con “la propia ceniza y la propia brasa”. Apartarse de la tierra por ejemplo, es una anulación mental que afecta a lo corporal, en el sentido de “salvarse” o “ignorar” el dolor y sufrimiento que la vida terrena “aparentemente” representa, siendo como una especie de muerte a los sentidos^{*}: por eso la invención de dioses por parte de los trasmundanos, es el antídoto especial que aliviará el dolor sufriente de todas aquellas personas que no quieren vivir en la tierra, ya que estos dioses los librarán de su sufrimiento. La puesta en escena de aquellos dioses representa entonces su pequeño consuelo, su “ebrio placer y perderse a sí mismo”, ya que en ese perderse a sí mismo se ignora la vida, la cual necesita un “terreno idóneo” para crecer y que no es otro más que la tierra, en la que los placeres y los dolores son el abono especial para que la vida florezca, y no una excusa para decir apresuradamente que la vida está en contradicción. De esta manera, la vida en la tierra para todos ellos no es más que un sueño que los aparta de su sufrimiento, un bonito sueño en el que se resalta el desprecio por ella con el fin de esperar una jugosa recompensa que se encuentra escondida en los supramundos astutamente inventados por los trasmundanos, y que “aparentemente” garantizarán un placer y una felicidad absolutas: “sueño me parecía entonces el mundo, e invención poética de un dios; humo coloreado ante los ojos de un ser divinamente insatisfecho”, siendo entonces la existencia que los trasmundanos predicán en la tierra, un alejamiento y un desprecio total por ella para querer ser vivida en lo no viviente, es decir, en aquel “más allá” inexistente.

^{*} Tal vez el discurso de Zaratustra titulado “De la castidad”, puede prestarse para una mala interpretación en la que se pensaría que Zaratustra propone la muerte de los sentidos. Al contrario de ello, Zaratustra ama la castidad porque la ve como una bonita virtud y no como la ve la mayoría de la gente que la compara como con un vicio. La castidad entonces,

Los colores fuertes y brillantes con los que el trasmundano dibuja aquellos supramundos, no son más que las justificaciones precisas para dudar de la tierra y dirigir la mirada a aquellas añoranzas “del más allá”. Sin embargo, el ingenuo error en el que caen los trasmundanos, a parte de justificar la existencia de supramundos, es el de no ser conscientes de la inexistencia de órganos adecuados que los lleven a ver esa “realidad divina”. Sus miopes ojos no pueden pasar más allá de lo sensible, siendo un verdadero problema suponer la existencia de dichos mundos que se encuentran detrás de todos los sentidos, cuando no tienen siquiera un instrumento adecuado para presenciario. Muy seguramente a través de la razón justifican la existencia de todo ello, pero al no tener un objeto sobre el que hay que indagar, la razón pasa a ser una simple especulación sobre lo inexistente*. De esta manera, de ¿cuál existencia de trasmundos nos están hablando, si ni siquiera tienen un objeto “real” sobre el que puedan especular? La única realidad presente para el hombre es la tierra, por ello resulta contradictorio que para darle explicaciones a la tierra tienen que apartarse precisamente de ella.

El terreno que prepara el trasmundano al hombre entonces, va en contravía de sus más profundos instintos, es decir, de la naturaleza de su ser, de su “origen”, situándolo perdidamente en un lugar que nada tiene que ver con su “destino”*: por esta razón las actuaciones del hombre son meras causas perdidas, puro ascetismo que no lleva a nada concreto ya que todo eso se encuentra situado dentro de un terreno que no le es propio, justificando así esa “no vida” que representa aquel “más allá” inexistente, que no es más que la viva pero pálida imagen del Dios muerto. ¿A qué se debe entonces esa obstinación del

no es la muerte de los sentidos, sino la inocencia de ellos: “¿os aconsejo yo matar vuestros sentidos? Yo os aconsejo la inocencia de los sentidos” “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág.94

* Esta es uno de las grandes dificultades que presenta “la razón”, o el conocimiento, las cuales no escapan tampoco a la muerte de Dios y que más adelante veremos.

* Es bastante complicado dar por sentado estas dos palabras origen-destino, ya que en la filosofía de Nietzsche todo “es”, no hay principio ni final: “el terno retorno” es un buen ejemplo de ello; pero para Zaratustra, como también para Nietzsche, existe en el hombre una misión por cumplir en la existencia que va muy de acuerdo con la esencia de él mismo, la cual va muy emparentada con su “origen”.

trasmundano de suponer mundos más allá de la existencia? La respuesta que Zaratustra nos dará, es que se debe a su cuerpo, es decir, al putrefacto estado de su cuerpo, el cual le trasmite un profundo deseo de separarse de él para apartarse con mayor facilidad de la tierra y de la vida, y negarse así a los placeres y sufrimientos que ésta misma representa: “enfermos y moribundos eran los que despreciaron el cuerpo y la tierra... De su miseria querían escapar, y las estrellas les parecían demasiado lejanas. Entonces suspiraron: “oh, si hubiese caminos celestes para deslizarse furtivamente en otro ser y en otra felicidad”- ¡entonces inventaron sus caminos furtivos y sus pequeños brebajes de sangre! Entonces estos ingratos se imaginaron estar sustraídos a su cuerpo y a esta tierra. Sin embargo, ¿a quién debían las convulsiones y delicias de su éxtasis? A su cuerpo y a esta tierra”²⁰. Por más que las imaginaciones trasmundanas los lleven a creer estar desarraigados de la tierra, siempre tendrán que estar arraigados a ella, a los colores y las formas que ésta les presenta, y a los sentidos que experimenta siempre su cuerpo; sin embargo, el estado enfermo de éste, termina combinando todas esas vivas imágenes, con aquellas imaginaciones ingeniosas que adquieren mayor primacía que la realidad viva que les enseña claramente la tierra. De esta manera, ¿cuál será la enfermedad en su cuerpo que los invita a pensar en tales cosas?

Aunque Zaratustra no responda a la pregunta explícitamente, en el prólogo aparece una declaración por parte de él, la cual nos enseña el estado contradictorio del cuerpo de los últimos hombres en la tierra: “y el más sabio de vosotros es tan solo un ser escindido, híbrido de planta y fantasma. Pero ¿os mando yo a que os convirtáis en fantasmas o en plantas?”²¹ Dicha situación que presenta el cuerpo del hombre no es más que una contradicción del más allá con el más acá²² en el que los sentidos de éste se encuentran perdidos en el medio.

²⁰ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 62

²¹ Ibid, Pág. 36

²² El valioso aporte que nos enseña Eügen Fink nos dice al respecto: “Tal ser se halla desgarrado por una contradicción del más acá y del más allá, de lo sensible y de lo espiritual. Lo espiritual es utópico, lejano a la tierra, fantasmal; lo

Aquel híbrido de hombre entonces, da mayor primacía a lo espiritual –la razón que vuela-, la cual “elimina” a lo sensible para brindarle así mayor primacía al espíritu y a todas sus elevadas imaginaciones: por ello es que el trasmundano ignora en sus combinaciones la viva y fuerte influencia de la tierra, la cual solo es posible gracias a sus sentidos, razón por la cual da como resultado una serie de colores y tonalidades influenciados opacamente por lo sensible, pero que el trasmundano ingenuamente niega, gracias al estado contradictorio que presenta su cuerpo. Así, tal como el hijo está conectado a través del cordón umbilical a la madre, el hombre se encuentra también conectado a la tierra: por ello la contradicción que presenta el hombre de lo sensible con lo espiritual, no es más que el producto de aquella visión trasmundana que aparta al hombre de su verdadera razón de ser, que lo hace creer ser heredero de una “providencia divina” en la que éste es más espíritu que cuerpo, y en la que su lugar de consecución es el cielo y los trasmundos, y no la tierra: “¡yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no. Son despreciadores de la vida, son moribundos y están, ellos también, envenenados, la tierra está cansada de ellos: ¡ojalá desaparezcan!”²⁴

Es muy claro entonces la imposibilidad del hombre de sustraerse en otro ser, o de tener esperanzas sobreterrenales que lo lleven hacia otra felicidad. Desde los inicios de la filosofía, Platón ya insistía en ese fallido intento que trataba de llevarlo hacia la verdad, pero que en realidad solo resultaba posible en el “fantasioso” momento en el que el alma se desapegaba del cuerpo para librarse así de los “engañosos sentidos” y tener un camino expedito o un acceso “directo” hacia el conocimiento, hacia lo bello, hacia lo bueno, hacía la verdad. Con esa fórmula, la muerte sería el único medio certero para conseguirlo, ya que con la muerte el alma

sensible, negado, por así decirlo, por lo espiritual, existe solo como vida vegetativa, como planta”. E. Fink, *Introducción a Nietzsche*, (Editorial Alianza), Cáp. III, “El Mensaje”, Pág. 82

²⁴ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza) Pág. 36-37

“supuestamente” escapa del cuerpo, y ¡eso no lo sabemos con absoluta certeza!²⁵, para llegar directamente a “la verdad”. En los discursos de Zaratustra vemos a los despreciadores del cuerpo, quienes son otro intento fallido por encontrar esa obstinada pretensión de poder ser otro, de poder ser aquel añorado espíritu o “yo” que se aleja de su cuerpo y que por sí mismo puede abrazar la verdad. Pero Zaratustra les muestra la enorme importancia del cuerpo, porque este es mucho más que todas aquellas especulaciones trasmundanas que lo rechazan y lo ven como una carga pesada hacia el conocimiento. Así desde un principio Zaratustra les brinda esta sentencia: “a los despreciadores del cuerpo quiero decirles mi palabra. No deben aprender ni enseñar otras doctrinas, sino tan sólo decir adiós a su cuerpo –y así enmudecer”. La enseñanza de esta sentencia es que sin el cuerpo no se es nada, debido a que el cuerpo lo es todo e incluso más de lo que se cree, siendo evidente que sin él se enmudece, se anula dentro de la historia y la existencia. La importancia del cuerpo radica en que éste es más que un simple conjunto de carne y de huesos: por ello nos dice más adelante también: “el cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor. Instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, a la que llamas “espíritu”, un pequeño instrumento y un pequeño juguete de tu gran razón”²⁶

No podemos dudar entonces de la enorme importancia que representa el cuerpo. De hecho muchos pensadores, en los que se encuentra Nietzsche también, hablan de la importancia de éste como procedencia de la historia²⁷. No es posible ese “otro ser” sin el cuerpo; desde los orígenes de la historia ha existido el cuerpo;

²⁵ La creencia por parte de Zaratustra sobre la existencia de el alma que viaja hacia otro lugar, o hacia otro ser, puede apreciarse en el momento que éste hablaba con el Volatinero moribundo: “¿Qué haces aquí?”, dijo por fin, desde hace mucho sabía yo que el diablo me echaría la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno: ¿quieres tu impedirselo? Por mi honor amigo mío –respondió Zaratustra- todo eso de que hablas no existe: no hay ni diablo ni infierno. Tu alma estará muerta aún más pronto que tu cuerpo” “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza) Pág. 43

²⁶ *Ibíd*, Pág. 64

²⁷ Michel Foucault, en su libro “*Nietzsche, la Genealogía, la Historia*”, tiene un apartado del que pienso valerme para hablar sobre el origen de la historia del hombre en el sentido de “Herkunft”, cuya procedencia atañe al cuerpo: “el cuerpo,

desde que el hombre quiso, desde que el hombre intentó superarse, desde que sufrió, desde que pensó, el cuerpo siempre estuvo presente ahí: alimentándose, digiriendo, reproduciéndose, descomponiéndose. Las condiciones a las que se encontraba sujeto –estado de ánimo, clima, lugar, etc- llevaron a que el hombre produjera sus actos -bien sean aciertos o fracasos-, pero que a la larga determinaron lo que hoy se conoce como la historia del hombre, en la que un cuerpo sensible estuvo presente allí. Los despreciadores del cuerpo entonces, escaparían a esa historia, a aquel tipo de existencia en el que tal vez se actúa mucho y se piensa poco, pero en la que incluso no se podría pensar, sin el cuerpo. Aquella “gran razón” de la que habla Zaratustra, es el cuerpo, “disociador del yo (al que trata de prestar la quimera de una unidad substancial)”²⁸, que nos pone a dudar de si somos un conjunto de órganos, o si somos un alma o un espíritu; pero el cuerpo es todo junto, es mucho más que aquel inmodesto “yo” que se ufana de ser “mejor” que el cuerpo mismo, y el cual los despreciadores del cuerpo toman por sentado para afirmar así el insignificante valor del cuerpo: “dices yo y estas orgulloso de esta palabra. Pero esa cosa aún más grande, en la que tu no quieres creer, -tu cuerpo y su gran razón: ésa no dice yo, pero hace yo”²⁹ Por estas razones el desprecio del cuerpo no permite llegar a la posibilidad de la superación de sí mismo, a alcanzar el cuerpo “perfecto y cuadrado”, o lograr hacer un “cuerpo creador”, los cuales son los que nos hablan claramente del sentido de la tierra, siendo los instrumentos más adecuados para alcanzar el conocimiento.

Al igual que la tierra, el cuerpo también tiene muchos tesoros por descubrir; a pesar de que nos encontramos “encerrados” dentro de él, el cuerpo todavía sigue siendo un misterio del que sabemos muy poco, y no aquella “molesta cárcel” que incita más bien a alejarnos y así desconocerlo por completo: por ello, el desprecio del cuerpo no ayuda a nada, peor aún, empeora todo, lo pone más dudoso, lo

superficie de inscripción de los acontecimientos”. Michel Foucault, *“Nietzsche, la Genealogía, la Historia”*, (Editorial Pre-Textos) Pág. 32

²⁸ Michel Foucault, *“Nietzsche, la Genealogía, la Historia”*, (Editorial Pre-Textos), Pág. 32

²⁹ Federico Nietzsche, *“Así habló Zaratustra”*, (Editorial Alianza), Pág. 64

pone más difícil. El cuerpo sano, perfecto y cuadrado, no se hace solamente a través de la condición física –aunque esta parte es muy importante-, también éste es razón, también es espíritu, e incluso mucho más que eso. Muchos tesoros esconde el cuerpo, porque detrás de todos esos pensamientos y sentimientos que creemos que es lo único que llevamos por dentro –a parte de los órganos-, existe un tesoro oculto que Zaratustra saca a la luz, y que los despreciadores del cuerpo ignoraban descaradamente: “detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un soberano poderoso, un sabio desconocido, llámase sí-mismo. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo”³⁰ Este “sí-mismo” no puede estar a la vista de los despreciadores del cuerpo, ya que ello es lo que rechazan desde un principio: el escuchar tanto la voz dubitativa de la razón, el quedarse encerrado dentro de un “yo” (indefinido), pero que a la larga apuntaba más al pensamiento que a ninguna otra cosa, y además el tener un “aparente” conocimiento completo del cuerpo, los hizo ignorar toda aquella pluralidad de sentido que el “sí mismo” representa. La oposición existente entre el “sí-mismo” y el “yo” entonces, se debe a que el “yo” representa una unidad, un sentido egocéntrico que cree ser el valor absoluto y dominador del cuerpo; mientras que el “sí-mismo” es mucho más modesto y representa la pluralidad que es consciente de toda la compleja organización de la que un cuerpo se compone. Por esta razón la consecución de un cuerpo creador, merece mayor atención, mayor cuidado, y sobre todo mayor conocimiento de el cuerpo mismo, más no una mirada fría y superficial como la que tiene el yo, y así mismo el despreciador del cuerpo.

La supremacía de este soberano poderoso, que es el cuerpo, y que se conoce como “sí-mismo”, sobre el “yo” es muy evidente: “el sí-mismo dice al yo: “siente dolor aquí” Y el yo sufre y reflexiona sobre cómo dejar de sufrir –y justo para ello debe pensar. El sí-mismo dice al yo: “siente placer aquí” Y el yo se alegra y reflexiona como seguir gozando a menudo- y justo para ello debe pensar”³¹.

³⁰ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 65

³¹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 65

Aunque el pensamiento “yo” también ordena, “el sí-mismo” ordena al pensamiento, ordena los sentidos, ordena el espíritu, ordenando en definitiva al cuerpo. Pero no podemos afirmar por ello que el “sí-mismo” sea igual que el “yo”, el pensamiento, y el espíritu: todos ellos son partes fundamentales del cuerpo, pero no son el cuerpo mismo, o “el cuerpo creador” que verdaderamente hace “yo” porque es consciente de toda la pluralidad a la que pertenece. El sí-mismo entonces, esta por encima de todos esos esclavos o sub-voluntades que se encuentran dentro del cuerpo, ya que al fin y al cabo lo que ellos piensan, lo que ellos hagan, lo que ellos quieran, el “sí-mismo” muy desde lo alto lo está ordenando: “tu sí-mismo se ríe de tu yo y de sus orgullosos saltos. “¿Qué son para mí esos saltos y esos vuelos del pensamiento?, se dice. Un rodeo hacia mi meta. Yo soy las andaderas del yo y el apuntador de sus conceptos”³²: por ello el despreciador del cuerpo nunca podrá dejar de estar sometido al “sí-mismo”, ya que su fidelidad directa hacia el yo, y no hacia el cuerpo o hacia “el sí-mismo”, lo ubica perdidamente dentro de un lugar incierto, en el que éste es un pobre desconocedor de su camino, creyendo siempre en una “aparente” autodependencia: “incluso en vuestra tontería y en vuestro desprecio, despreciadores del cuerpo, servís a vuestro sí-mismo. Yo os digo: también vuestro sí-mismo quiere morir y apartarse de la vida. Ya no es capaz de hacer lo que más quiere –crear por encima de sí”³³ Por no haber sido capaces de cultivar su cuerpo, y por darle mayor primacía al “yo”, el “sí-mismo” de los despreciadores del cuerpo fue en busca de su ocaso, de su construcción o su decadencia, pero solo con el fin de separarse de los despreciadores del cuerpo, ya que estos representan una degeneración del cuerpo en general. De esta manera, no fueron los despreciadores los que se separaron de su cuerpo, sino fue el cuerpo quien finalmente optó por separarse de ellos: por ello el despreciador del cuerpo reniega de la vida y de su existencia, ya que sin su cuerpo, no podrán jamás superarla. “¡Yo no voy por vuestro camino, despreciadores del cuerpo! ¡Vosotros no sois para mí puentes hacia el superhombre!”

³² Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 65

³³ Ibíd, Pág. 65-66

Otros “sepultureros” que van por el mismo camino, pero con una doctrina distinta, son los Predicadores de la muerte. Irónicamente ellos buscan la muerte a través de la vida, ya que las “contradicciones” que éstos ven dentro de la existencia, son el único sentido que le dan a la vida y a la tierra, siendo una verdadera tontería vivir en medio de tanta contradicción existente; así pues, sería más sensato predicar la muerte rápida y certera, que contaminar la vida con sus lentos suicidios de renuncia y fatiga frente a la existencia. Su doctrina es entonces comparable con el pesimismo, ya que su mirada parcial sobre la vida, esta cargada con una torpe actitud negativa frente a ella y más aún frente a todo lo que allí sucede. El hecho de conocer las contradicciones de la existencia, no significa que sean conocedores de la muerte de Dios, al contrario, esto muestra su ingenuo papel de rechazo injustificado, que a través de una mirada superflua a las cosas, saca conclusiones apresuradas contra la vida, en las que se le ultraja injustificadamente, para afirmar así que ésta no tiene medios directos para superarla y vivirla, matándola, de esta manera, muy lentamente.

La predicación de la muerte se ve en todas partes pululando como un virus maligno; de hecho, la existencia en la tierra, o la vida moderna de los “últimos hombres”, irónicamente se ha convertido en una predicación de la muerte, porque el hombre “inconscientemente” busca todos los caminos posibles para escapar de sí mismo, y también de la vida. Los predicadores de la muerte hablan de tener paciencia frente a las “injusticias”, paciencia frente al dolor, paciencia frente a la tierra, ¡pero si la tierra es la que esta cansada de ellos! No podemos pedirle a la tierra que se comporte de otra forma, ya que la tierra y la vida por necesidades se comportan así, (como si fueran injustas), siendo muy apresurado entonces afirmar, que porque ocurren cosas “misteriosas” e “injustas” al hombre, la vida está en contradicción. Para los predicadores de la muerte, la vida es una agonía de la que quieren escapar, pero no directamente a través de la muerte, sino que dentro de la vida buscan escapar de su agonía con sus placeres que al final terminan siendo

autolaceraciones: compasión, trabajo, e inquietud, son los lentos suicidios que toman por placeres para que sus existencias sean más “digeribles”, convirtiéndose en realidad en una miseria. Tales “inyecciones letales”, son dosis poco saludables que matan lentamente a la vida, que la ponen en una tonta lucha frente a la muerte, arrastrando a los frutos sanos y maduros que el árbol de la vida ha cosechado, evitando así que la vida y el hombre se superen conjuntamente. Mientras existan predicadores de la muerte, la vida seguirá en esta continua e inútil lucha por no querer seguir muriendo, siendo una vana existencia que pelea contra su pasado, preocupándose más por su “autoconservación” que por crear medios y condiciones para que la vida florezca. Sin embargo, la muerte es una parte muy importante dentro de la vida: por ello no podemos decir que morir sea algo problemático, que sea la oposición trágica de la vida, al contrario, la muerte es un momento especial al que debemos estar preparados, pero los predicadores de la muerte preparan al hombre solamente para tener miedo a ella: por eso debemos estar preparados para la más hermosa de todas las fiestas, la muerte; sin embargo, el hombre aún no está preparado para las grandes fiestas.

En el discurso titulado, de la muerte libre, Zaratustra nos enseña: “muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña esta doctrina: muere a tiempo”³⁴ ¿Cómo morir a tiempo? He ahí una dura tarea que ha de proponerse el hombre para no convertir en una Nada su existencia. La muerte es la semilla principal que da el fruto a la vida, “lo viviente es una especie de lo muerto, y una especie muy rara” (§ 109); por esta razón, la doctrina de “morir a tiempo” que nos enseña Zaratustra, debe darse en el momento preciso en el que la semilla está madura para dar así un excelente fruto. La muerte entonces, debe llegar en el momento justo para la meta y para el heredero: por ello resulta necesario vivir a tiempo, para así poder morir a tiempo, porque si se vive como la especie de estos últimos hombres o sepultureros de Dios, la existencia se habrá malogrado, perjudicando así a la vida. De esta manera, en el morir debe brillar la

virtud que hace grande al hombre, debe brillar como un sol resplandeciente que brinda las energías necesarias desde el amanecer, hasta el ocaso, siendo aquella noble virtud que dejó el hombre como “la pelota de oro” que tendrá que pasar a los venideros, y ellos a los que vendrán: porque morir es el descanso justo del hombre que labro durante su existencia dejando así su fruto maduro para que los que vienen aprovechen los privilegios de esa cosecha, y para que sigan cultivando frutos cada vez mejores: “así quiero morir yo también, para que vosotros, amigos, améis más la tierra, por amor a mí; y quiero volver a ser tierra, para reposar en aquella que me dio a luz”³⁵ Sin embargo, mientras no se viva a tiempo, mientras continuemos con ese ascetismo inútil, mientras sigamos con nuestras infidelidades a la vida y a la tierra, y en definitiva sigamos adorando a ese Dios muerto, no estaremos preparados para morir a tiempo, y de esta manera para dejar una gran semilla o una esperanza hacia el superhombre, y hacia la superación misma de la vida, y del Dios muerto que no permite que todo nazca y fluya nuevamente.

³⁴ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 118

³⁵ *Ibíd*, Pág. 121

LA RAZÓN Y LA MORAL; PESADOS YUNQUES QUE NO PERMITEN QUE EL ESPÍRITU DEL CONOCIMIENTO EN EL HOMBRE SE ELEVE LIBREMENTE.

En Así habló Zaratustra no encontramos capítulos o aforismos en los que éste ataque directamente el papel que ha jugado la razón y el conocimiento en cuanto al saber científico se refiere, únicamente en el aforismo situado en la segunda parte, titulado “del immaculado conocimiento”^{*} existe algo al respecto, pero por ahora no me parece pertinente hablar sobre ello. Por otro lado, en La Gaya Ciencia vemos por parte de su autor un papel más centrado en desconfiar de los parámetros habituales del conocimiento que conducen hacia la “verdad”. Así pues, no es raro ver en este libro ataques constantes a lo que se considera indudable e inobjetable, como por ejemplo: la ciencia y la moral, las cuales a lo largo de la historia de occidente han abanderado los parámetros de conocimiento “normales” en el hombre, y nunca habían sido puestas en la balanza de la duda. En el libro III de la Gaya Ciencia nada escapa a esta constante interrogación que Nietzsche hace a la existencia, ni siquiera las cosas que parecían indudables, siendo necesario una “sospecha jovial” como recurso de primera mano para acercarse mejor al conocimiento: “¿en que crees tú? En que todos los pesos de las cosas deben determinarse de nuevo” (§ 269) Que todo se pese nuevamente, significa que hasta ahora la ciencia no ha podido cumplir con su objetivo de brindar “seguridad”, “certeza”, y “tranquilidad” al hombre (objetivo que de por sí es un sin sentido), y que ella se había propuesto pero que no pudo cumplir por su papel frío, avaro, y calculador que siempre la ha caracterizado y que le ha impedido así un “saber” mucho más liberado: por esta razón, a partir de ahora el signo de interrogación recae sobre todas las cosas existentes en el universo, especialmente la ciencia y la moral, debido a que ellas han dado muchas razones que nos permiten desconfiar de su “certeza” porque aquella verdad inalterable que solían mantener, ha cambiado de sentido, ya que con la muerte de Dios todo se ha

puesto en duda, la balanza que equilibraba el mundo se ha inclinado hacia la otra orilla, poniendo así todo más dudoso, y más difícil de creer. Ahora la cuestión para hacer ciencia no es como la planteaba el primer filósofo moderno de la historia: “dudar de todo menos de dudar”; ahora con Nietzsche se duda de todo, ¡incluso de la duda misma!

La Gaya Ciencia presenta en su libro III una serie de aforismos que atacan continuamente el papel que hasta la fecha han presentado la razón y el conocimiento, los cuales no han podido lograr que “el saber” se eleve libremente para llegar mejor a “la verdad”. Esperar que el saber se eleve libremente, no es otra cosa más que pedirle a la razón que asuma un papel puro en el que se libere de prejuicios como la moral y el antropocentrismo, los cuales permiten un conocimiento opaco y arbitrario de las cosas, que no llegan acertadamente a “la verdad”, y que inexplicablemente entronizan al hombre como amo y señor de todo el universo. De hecho Kant, ya nos había otorgado esa misión gracias a nuestra “capacidad intelectual”, la cual es “el entendimiento” (facultad de la razón), presente en nosotros y que actúa en función de codificar los fenómenos existentes en el universo, para pasarlos así a nuestro “conocimiento” y de esta manera, ser mejor comprendidos: por ello es que fácilmente podemos “entender” el universo, ya que con nuestra “entendimiento” o “razón”, creemos tener el instrumento adecuado para ello. Sin embargo, una de las ironías que presenta la razón es la de ser un instrumento común en nosotros, pero que no pertenece realmente a la mayoría, ¿qué quiere decir eso? En el tercer libro de la Gaya Ciencia, Nietzsche, en un aforismo que se titula “el chiste Kantiano”, nos aclara un poco mejor el asunto: “Kant quería demostrar que “todo el mundo” tenía razón de un modo que contrariaba a “todo el mundo”, he aquí el misterioso chiste de esta alma. Escribió contra los doctos a favor del juicio popular, pero para los intelectuales, no para el pueblo” (§ 193) ¿De qué juicio popular nos habla entonces, si solamente esta dirigido a los doctos? ¿Si esa “capacidad intelectual” es de unos pocos, entonces

* Así habló Zarathustra, (segunda parte), Pág. 186

únicamente ellos pueden acceder al conocimiento? ¿No es un contrasentido afirmar que existe un juicio popular propio del pueblo, (para todo el mundo) pero que aún no puede ser entendido por ellos? La razón entonces, oculta muchas cosas que incentivan nuestra sed de duda, tampoco es ese instrumento “común en el hombre” presente en nosotros, como el tesoro máspreciado que nos permite comunicarnos y entender lo que hay tras el velo que cubre el mundo, ya que si lo fuera, la razón serviría como un instrumento adecuado para dar respuesta a todo aquel complejo mundo de dudas llamado existencia, y no ese instrumento serpenteante que ha perdido su rumbo debido al enorme remolino en el que se encuentra envuelto.

Me parece de vital importancia resaltar que los inicios de la razón, en su origen, pueden encontrarse en los inicios de la filosofía: por ello, Nietzsche nos dice en *Más allá del bien y del mal*: “yo no creo que un “instinto del conocimiento” sea el padre de la filosofía, sino que, aquí como en otras partes, un instinto diferente se ha servido del conocimiento”³⁶ La moral es un gran ejemplo de aquel “instinto diferente” implícito en la mirada penetrante de todos los filósofos: “no existen en absoluto otras vivencias que las morales, incluso en el ámbito de la percepción sensible” (§ 114), siendo estas vivencias, las que determinaron el carácter de la razón, o la muleta adecuada para recorrer el complejo mundo del conocimiento, debido a que el hombre no pudo mirar el mundo de ninguna otra forma, sino únicamente mediante las habituales formas (bueno y malo) que una percepción y un pensamiento moralizado ofrece. La moral entonces, se ha apoderado de la percepción sensible, imponiendo sus reglas, sus caprichos, sus costumbres, para llegar a si a un valor máximo que necesariamente nos conduce a un tipo de verdad, a una verdad moralizada, es decir, “útil”, “buena”, “justa”, supuesta a-priori por quien la impone: “para aclarar de qué modo han tenido lugar propiamente las afirmaciones metafísicas más remotas de un filósofo es bueno (e inteligente)

³⁶ Federico Nietzsche, *“Más allá del bien y del Mal”*, (Editorial Alianza), Pág. 26 (§ 6)

comenzar siempre preguntándose: ¿a qué moral quiere esto (quiere él) llegar?”³⁷ Así pues, este carácter sospechoso que ha adquirido el conocimiento, no es más que una inclinación arbitraria de la razón hacia la moral, ya que ésta aparentemente ayuda a un conocer más puro de las cosas, más desinteresado, más honesto, y así, más “valorable”; siendo esta suposición la que permitió que la moral se fusionara con la razón fácilmente. En contraposición a Kant, Nietzsche afirma lo siguiente: “no existen fenómenos morales sino solo una interpretación moral de los fenómenos”³⁸, mostrando una vez más la innecesaria fusión de la moral con el universo, ya que éste no tiene nada de moral, “ninguno de nuestros juicios estéticos y morales puede aplicarse aquí” (§ 109), debido a que no está supeditado a un principio ni a un fin, y tampoco a juzgar de si su actuar sea bueno o malo, bello o imperfecto, conveniente o inconveniente ¿Por qué entonces moralizamos el mundo, y moralizamos el pensamiento? ¿Para qué lo hicimos, con qué sentido, acaso ello representa un signo de mejoría para el conocimiento? Hasta ahora el alcance de la moral en el pensamiento es muy impresionante, - desde Platón, hasta Kant el pensamiento mantiene ese carácter- bordeando los límites de lo imaginable, creando un horizonte de comprensión en el que nuestros pensamientos, nuestras acciones, todos se han condicionado por el carácter de la moral, sin haber logrado ningún triunfo frente al saber, frente a la verdad, porque lo único realmente existente es la incertidumbre y más incertidumbre, siendo entonces la búsqueda de la verdad una bonita quimera a la que la razón moralizada aspiró llegar. De esta manera, ¿no será posible encontrar realmente la verdad mientras valoricemos y moralicemos el universo? ¿Cuál ha de ser el carácter de aquel amo extraño que inconscientemente estamos obedeciendo, ya que no nos lleva a “conocer” el mundo, y ni siquiera a conocernos a nosotros mismos?

No es una cacería de brujas la indagación que hago a la moral, ¡al contrario!, era necesario ponerla en tela de juicio para así verificar la grandeza de su brillo. En el

³⁷ *Ibíd.*, Pág. 26 (§ 6)

³⁸ *Ibíd.*, Pág. 99 (§ 108)

tercer libro de la GAYA Ciencia, Nietzsche nos habla de la moral como el instinto gregario en el individuo, que actúa más en función de la necesidad de la mayoría, que en la consecución individual del hombre (§ 116) Ciertamente cuando obedecemos a sentimientos morales, estamos obedeciendo a un amo “extraño y desconocido”; cuando amamos al prójimo por ejemplo, “nos estamos amando mal a nosotros mismos”^{*}, huyendo de nuestra presencia como si fuéramos nuestros peores enemigos. Nos desconocemos a nosotros mismos ya que huimos siempre hacia lo más lejano, hacia el otro, hacia el rebaño, hacia la consciencia de grupo, sin buscar nunca en nosotros, sin buscar aquel desconocido que hay al frente nuestro, por esto es que la moral no resulta siendo un buen aliado ya que lo que busca es el alejamiento de el hombre. En la compasión, o la benevolencia, que son otras formas de “mal amor al prójimo” y practica de la moralidad, surge “una agradable excitación del instinto de apropiación –existente en el fuerte^{*}- ante la visión del más débil” (§ 118) Aquí la huida es de ambos, pero la entrega total es de parte del débil, o la persona con quien se es compasiva, porque ésta se deja arrastrar por la “presión invisible” que ejerce la compasión del fuerte, convirtiéndose así en objeto de éste por la moneda de la compasión que ha recibido. Así entonces, “alegría y deseo aparecen unidos en el más fuerte, que quiere transformar algo en función; alegría y querer ser deseado aparecen juntos en el más débil, que quiere ser función” (§ 118) En esta incomprensible práctica, el deseo principal es el de ser función frente al grupo, dejando de más la individualidad del hombre quien termina siendo el peor beneficiado ya que se pierde en las confusas ironías de esta practica: por un lado el compasivo se siente “bueno” por el acto de compasión realizado, siendo esa su excitación frente al débil; y por otro lado el débil, quien es deseado por su debilidad, se siente amado y protegido sin preocuparse nunca por construirse y valer por sí mismo, ya que

^{*} En “*Así habló Zaratustra*”, en su aforismo que se titula “Del amor al prójimo”, Zaratustra nos enseña el alejamiento del hombre presente en ese amor: “cuando huís hacia el prójimo huís de vosotros mismos, y quisierais hacer de eso una virtud... ¿os aconsejo el amor al prójimo? ¡Prefiero aconsejarlos la huida del prójimo y el amor al lejano!” Así habló Zaratustra, (Editorial Alianza), Pág.102

^{*} Es necesario aclarar que este “fuerte” lo es pero solo en la relación fuerte-débil que hay en la compasión, la cual de por sí es una actitud débil en el hombre.

siempre existirán “buenos” que se apiadarán por su debilidad. De esta manera, ¿es justo entonces ese tipo de trato al hombre? En la compasión es feo dar, y es más feo aún no dar; nadie escapa a esa trampa de la moral, ni siquiera el fuerte ya que piensa que la moneda de compasión que deja nunca será suficiente para la protección del débil, compadeciéndose por éste cada vez más: por ello es mejor que el hombre busque por sí mismo su propio destino, y no seguir apegándose a “prácticas bondadosas” que dicen ser “útiles” o beneficiosas de la especie, pero que lo único que logran en realidad es confundir el papel que debe llevar el hombre dentro de la existencia: “los más lejanos son los que pagan vuestro amor al prójimo; y en cuanto os juntáis cinco, siempre tiene que morir un sexto”³⁹

Nada saludable tienen todo este tipo de prácticas que desconocen al hombre, es decir, que lo convierten en un ser extraño a sí mismo. Bajo esa premisa entonces se da el “conocimiento”, que parte de un saber que irónicamente se desconoce a sí mismo, ¿cómo podría entonces ese “saber” aspirar a la verdad? La respuesta que nos brinda la consciencia en el III libro de la *Gaya Ciencia* es muy importante ya que el conocimiento de sí mismo permite una mejor relación con las cosas: por eso la consciencia nos habla diciéndonos: “debes llegar a ser el que eres” (§ 270), pero en estos tiempos de azar y de confusión, ¿quién puede llegar a ser el que “es” evitando caer en todas esas trampas de la moral?, ¿quién puede conocer y conocerse verdaderamente? El hombre aún no posee un perfecto aliado que lo lleve a ser el que “es”, ya que la consciencia que actualmente posee es producto “artificial” de muchos años de construcción a través de todos los desaciertos que ha tenido el hombre en su historia, (leyes, mandamientos, imperativos categóricos, etc), “la consciencia es el último y más tardío desarrollo de lo orgánico y, por consiguiente, también de lo más imperfecto y debilitado” (§ 11) Aquel amo extraño, llamado consciencia, que se presta ante las dificultades como un sacerdote de confesionario, no es más que un desconocido al que estamos obedeciendo y que se hace pasar por un viejo amigo que siempre ha estado presente allí. Claro que

³⁹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 103

sí, la consciencia ha estado presente en nosotros, pero como un mal consejero que nos guía y nos dirige por caminos extraños, que van siempre en contravía de la consecución del hombre. Ésta siempre nos maneja a su antojo, porque posa de ser un espejo perfecto que nos construye a imagen y semejanza de su reflejo, pero sin decirnos en realidad a que tipo de reflejo nos esta encajando, es decir, en qué tipo de animales nos esta convirtiendo. Muchos errores existen tras ese reflejo de la consciencia: años de nihilismo y desaciertos se encuentran bajo la estirpe de su sello, “la consciencia descansa en errores” (§ 11), y nosotros los llevamos a la acción, dándole forma y vida en nuestra existencia: por ello siempre que acudimos a la consciencia, terminamos en los enredos de la moral, de la compasión, de los imperativos categóricos, etc. De esta manera, no hay una respuesta exacta y sincera al problema del hombre sobre la incógnita de saber quien es, ya que llegamos siempre a una respuesta de la mayoría, a una respuesta moralizada, y jamás a una “respuesta sincera” sobre nosotros mismos, a una respuesta propia de nuestra consciencia, y no a la de una consciencia artificial que la moral ha inventado, y que supedita el saber de nosotros siempre a una idea moralizada del universo, de lo desconocido, de todo lo que no sea “como nosotros”. Así pues, los desaciertos y la confusión son la regla, y mientras el hombre se desconozca a sí mismo, jamás podrá conocer su entorno, y su destino.

El nacimiento de una fe ciega, extraña al carácter complejo del mundo, seguramente producto de nuestra moralidad, y por ende de nuestro “desconocimiento”, nos llevo a creer en “la verdad”. Pensar la existencia de verdades en el universo puede ser posible, para nada estoy negando esa posibilidad; sin embargo, el problema radica en cómo es que llegamos hacerlo, bajo qué criterio partimos para encontrar las “verdades”*. En el aforismo (§ 265) de

* En el prólogo de *“Más allá del bien y del mal”*, Nietzsche nos habla del carácter femenino de la verdad, que a pesar de todos los innumerables métodos que usan los filósofos para conquistarla, aún no pueden cautivar a esa bella jovencita: “suponiendo que la verdad sea mujer-, ¿cómo?, ¿no está justificada la sospecha de que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, han entendido poco de mujeres?, ¿de que la estremecedora seriedad, la torpe insistencia con que hasta ahora han solido acercarse eran medios inhábiles e inéptos para conquistar los favores precisamente de

la *Gaya Ciencia*, Nietzsche pregunta al respecto: “¿qué son en el fondo las verdades de los hombres? Son los errores humanos más irrefutables” Si las verdades de los hombres son los más grandes errores humanos, esto no se debe a que la verdad por sí misma sea una falla, sino más bien a que es el hombre quien desacierta en su búsqueda, debido a que recurre a una serie de instrumentos que contribuyen a que esa falla siga creciendo. En realidad, las verdades pueden ser posibles, el problema radica en encontrarlas, ya que el conocimiento es una compleja y complicada lucha de poderosos contrincantes (instintos) que imposibilitan que la verdad aparezca fácilmente, porque tiene que haber sangre y fuego en el campo de batalla* para conseguirlas. Contrario a ello, el hombre apela a los medios más sencillos para esta complicada búsqueda, como por ejemplo, “confundi6 lo semejante con lo igual” (§ 111) en un mundo donde no existen las igualdades; promulgo un sinnúmero de artículos de fe que parecían más bien las tablas de los mandamientos que Dios le entregó a Moisés: como “la existencia de cosas duraderas, la existencia de cosas iguales, la existencia de cosas, materias, cuerpos, la creencia de que una cosa es tal como ella parece, que nuestro querer es libre, que lo que es bueno para mí, también es bueno en sí y por sí mismo” (§ 110) Y por último se educo mediante una serie de errores que iban en concordancia con su errada percepción moral, y que están en contravía del carácter complejo del mundo; así entonces, el hombre “se observó a sí mismo únicamente de un modo incompleto; se atribuyó propiedades inventadas; se sintió en una falsa jerarquía frente a los animales y las cosas; y siempre inventó nuevas tablas de valores, considerándolos durante mucho tiempo eternos e incondicionales” (§ 115) Todas estas “leyes divinas” permitieron que el “conocimiento” se convirtiera en un ejercicio para nada complicado, enemigo de la

una mujer? Lo cierto es que ella no se ha dejado conquistar...” Federico Nietzsche, “Más allá del bien y del mal”, (Editorial Alianza), Pág. 17

* *La Gaya Ciencia* nos presenta esta idea un aforismo que se titula ¿qué significa conocer? (§ 333) Allí Nietzsche, contradice la teoría de Spinoza la cual dice que el conocimiento se da gracias a la armonía que presentan tres instintos diferentes: llorar, reír, y odiar. Contrario a ello, Nietzsche piensa que el conocimiento no presenta ese carácter conciliador entre sus instintos: “pienso, no obstante, que los instintos, que aquí luchan entre sí, saben muy bien como hacerse sentir y como hacerse daño unos a otros” De esta manera, el conocimiento no presenta ese carácter conciliador que supone una armonía de instintos contrarios para fusionarse en una cosa perfecta.

tierra, ya que trabaja con cosas y formas que no existen –igualdades, cosas, objetos-, y lo mejor aún, de exclusividad absoluta del hombre, ya que éste fue quien se otorgó todas aquellas herramientas que lo sitúan en un lugar privilegiado, frente a todos los seres existentes en el universo, para la búsqueda de aquella aparente “verdad”.

Sin embargo, no todos los hombres encajaban dentro de esta sencilla búsqueda, o dentro de este simulacro demasiado real creado por ellos mismos; hubo algunas personas, de pensamiento distinto, que no veían la semejanza dentro de las cosas, sino que por el contrario, veían el carácter propio del “devenir” reunido en ellas. Estas personas que no podían ver la igualdad, que se resistían a verlo todo estático, que podían ver el movimiento en las cosas y no intentaban negarlo – como muy seguramente lo hicieron los otros-, fueron pereciendo a causa de su forma “exclusiva” de ver el mundo, de su forma “extraña”, diferente, y “perjudicial” para ver la “realidad”, o “la verdad”: “quien por tanto, razonaba muy lentamente, quien era muy cuidadoso en el razonamiento, tenía muchas menos probabilidades de seguir viviendo, que aquel que, ante cualquier semejanza adivinaba de inmediato la igualdad” (§ 110) Así pues, los orígenes de el conocimiento (y todo lo que tiene que ver con él, como la lógica, la matemática, por eje), fueron surgiendo mediante estos impulsos conciliadores y facilitadores del sin número de movimientos extraños y azarosos de los que se compone el universo. El pensador entonces, se había convertido “en un experto en hacer las cosas más simples de lo que son” (§ 189), no porque encontrará los medios más adecuados para hacerlo, sino porque descaradamente negó la diferencia, e inventó, y acomodó a su antojo el caudaloso río del devenir de la vida. Así el hombre, accedió a estos medios “útiles” para conservar la especie, y la “verdad” era el medio más perfecto para lograr tan anhelada empresa: por eso el hombre se vio en la necesidad de creer en todos aquellos artículos de fe que hacían del pensar un ejercicio práctico, sencillo, solidario, convirtiendo a “la verdad” en una especie de puzzle en el que las piezas encajaban muy fácilmente: “uno solo nunca tiene la razón: pero ya con

dos comienza la verdad. Uno solo no puede demostrar nada: pero con dos no cabe ya refutar” (§ 260) Pero fue tal la dependencia a estos artículos de fe, que el hombre sin ellos, ya no podía vivir, a pesar de que su organismo estaba constituido de una forma diferente. De esta manera, “la verdad”, y todo el “conocimiento” que se arrastra junto a estos artículos errados de fe, terminaron siendo necesarios y esenciales para la conservación de la especie, sin importar el carácter engañoso que estos mismos representan.

Así pues, esta “verdad” no deja de ser una suposición, un error, un anhelo del más allá, una búsqueda narcisista que siempre nos llevará al imperfecto reflejo de lo que somos. La historia del pensamiento de occidente entonces, se ve obligada a seguir repitiendo estas formas, ya que no quiere surgir nada que lo evite, que se atreva a encontrarse de frente con la verdad, y no con una idea de “verdad” que nosotros mismos suponemos a-priori: por ello seguiremos arrastrándonos por las confusas y peligrosas aguas de lo mismo, administrando eternamente este estúpido sin-sentido que nosotros mismos hemos creado. Entonces, nada raro tienen todas estas “ingenuas” o “provocadas” fallas del hombre, ya que es “permitido” todo lo que de “buena fe” conserve la especie (a pesar de que la destruye lentamente) Un ejemplo muy claro de esa “buena fe”, de esa actitud desinteresada para “conocer” y darle nombre y “valor” a las cosas, es atribuyéndole formas antropomórficas a los contrarios. Aquí todo lo que el hombre “conoce”, lo que observa, lo que mira, lo encaja dentro la inconfundible imagen de su reflejo, -obsequiándole un alma, un espíritu, una moralidad- negando así la diferencia que el conocimiento por sí mismo nos puede enseñar: “¡con qué derecho podríamos censurar o alabar el universo! ¡Guardémonos de atribuirle crueldad e irracionalidad o sus contrarios! ¡No es perfecto, ni bello, ni noble, y no quiere llegar a ser nada de todo eso, pues no aspira en absoluto a imitar al hombre!” (§ 109)

La imagen semejante que nosotros hacemos a lo desconocido, no permite revelar “verdaderamente” la realidad que poseen en sí los contrarios, porque nuestra

forma de entendimiento es una transcripción de lo extraño, como una especie de alteración a nuestro antojo, que transcribe las otras realidades al “entendimiento”, es decir, a nuestro plano de realidad, que en sí muestra las cosas más raras y opacas de lo que verdaderamente son. Así pues, el saber que adquirimos de esta manera, no es un saber puro y verdadero, que conoce realmente a lo otro, sino más bien que “encaja” a lo que queremos ver en ello. La visión del universo como órgano, máquina, como cosmos u orden, son excelentes ejemplos de aquella mirada prejuiciosa que atribuye armonía, y formas antropomórficas a todo lo desconocido, a todo lo que no sea como nosotros, es decir, a todo lo desconocido (bárbaro, pagano, etc), sin comprender o ni si quiera sin pensar en lo complejo que pueden llegar a ser los contrarios: “guardémonos de presuponer, en general y por todas partes, algo tan perfecto como los movimientos cíclicos de nuestras estrellas vecinas; pues tan sólo una mirada a la Vía Láctea nos hace dudar de si allí no hay movimientos mucho más groseros y contradictorios, así como también estrellas con eternas trayectorias rectilíneas y parecidas” (§ 109), por esto el saber de esa otra realidad no dejará de ser algo incierto, grosero, misterioso y muy lejano a lo que siempre damos por supuesto. Dios ha muerto, y mientras moralizamos y llenamos de prejuicios el mundo, jamás llegaremos a saberlo, sin conocer realmente qué fue lo que lo mató... por eso entonces, las palabras del hombre loco cobran cada vez más sentido, ya que como muy bien lo dice aún no estamos preparados para saberlo: “llego demasiado pronto –dijo entonces- mi tiempo todavía no ha llegado. Este enorme acontecimiento aún está en camino y deambula –aún no ha penetrado en los oídos de los hombres” (§ 125)

CAPITULO III

LA JUSTICIA Y LA VIRTUD; “VALORES” QUE TAMBIEN HAN PERDIDO SU BRILLO. ¿CÓMO CONSEGUIR ESA NUEVA VALORACIÓN AUTENTICA QUE NOS PERMITA MAYOR LIBERTAD?

Continuando aún con el tema que me corresponde, las razones por las cuales no podemos saber sobre “la muerte de Dios” no se remiten exclusivamente al desconocimiento de nosotros mismos, y a que tenemos un conocimiento “aparente” de las cosas. Otro tema esencial para seguir analizando esta idea, es echar un vistazo al “conocimiento” que tenemos sobre la justicia y la virtud, que son las nuevas incógnitas que en esta oportunidad debo analizar debido a que hacen parte de los dos últimos “ítems” o puntos que estoy observando para interpretar paso por paso el recorrido del Dios muerto que desde el inicio de mi trabajo estoy siguiendo. Estas “virtudes” están contenidas en la hora del gran amor y del gran desprecio por el hombre de la cual Zaratustra nos había hablado, y que yo resalté en el primer capítulo de mi trabajo, y que había prometido interpretar punto por punto y detalladamente, (ahora les corresponde su turno) No solo es por la mención de Zaratustra que es importante su indagación; cabe señalar que el papel que éstas juegan dentro de la sociedad, merece especial atención y especial cuidado porque han contribuido enormemente con el asesinato de Dios a través de sus leyes y sus “buenas formas” que de alguna manera se le impusieron al hombre “dizque” para su “mejoramiento”. Veamos entonces, qué tan cierto resulta todo esto.

La justicia al igual que la virtud pareciera que presentaran un vínculo invisible ya que no se puede detallar a simple vista, debido a que la mayoría de las personas no se han percatado realmente por las razones de aquella misteriosa unión, ni

siquiera se molestan en preguntárselo. Habitualmente decimos que ser justo, es ser virtuoso, ¡sí!, eso es lo que a-priori “sabemos”, lo que la tradición nos ha enseñado, pero ¿qué es ser virtuoso?, y ¿qué es ser justo? Hasta ahora esas preguntas pocas personas se han atrevido a responderlas –y a hacerlas sinceramente-, porque la justicia como la virtud, por su “brillo raro e inútil como el oro”, lograron cautivar las miradas “desinteresadas” de los hombres, quienes vieron allí solamente belleza y bondad, y en absoluto un signo de interrogación que se atreviera a indagar sobre su realidad; claro está que algunas veces se dice que ser justo es ser bondadoso, noble, sincero, útil, etc; pero como bien sabemos esas respuestas están muy emparentadas con el carácter arbitrario de la moral, que sin una razón real de ser, se ha coronado dentro de los valores más altos para la existencia, (a pesar de haber hecho de ella una decadencia). Como ya sabemos, Zaratustra es un “sospechoso jovial” que intenta dar respuesta a todo lo que misteriosamente parece inalterable y eterno, siendo necesario ahora su importante ayuda para desenredar el fuerte nudo que de alguna manera sospechosa ató a la virtud con la justicia, -y con todo lo que suena respetable y bondadoso-, y que hicieron de estas dos máximas valores absolutos sobre los cuales nunca podrán ser puestas en la balanza de la duda.

No es de extrañar que la tradición actual ha brillado a la justicia con una serie de máximas que van muy en concordancia con el “sentido alterado” que los “últimos hombres” le dieron a la existencia, con el fin de administrar perfectamente aquel sin sentido reinante que ellos tanto justifican. El Estado –vease “El nuevo ídolo” (Así habló Zaratustra)⁴¹- se convirtió en un medio inteligente para lograr esta absurda empresa, cuyo único objetivo real es domesticar al hombre mediante todo tipo de leyes y de máximas, que nada tienen que ver con lo que éste es (o puede llegar a ser), para revalidar una comunidad de “demasiados” y superfluos como

⁴¹ Me parece importante sacar a colación la opinión de Zaratustra sobre lo que el llama “el nuevo ídolo”, o el Estado que son lo mismo: “Estado llamo yo al lugar donde todos, buenos y malos, son bebedores de venenos. Estado, al lugar en que todos, buenos y malos, se pierden a sí mismos: Estado, al lugar donde el lento suicidio de todos –se llama “la vida”. Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 88

ejemplos principales para conformar una “armoniosa” existencia, donde todos sean iguales y así no alterar –o no ser injustos- con aquel orden establecido que estos “últimos hombres” se han implantado. Para ello se basan en todo tipo de ingeniosas prácticas e ideales de existencia, en el que el miedo a la vida se antepone como motor principal o punto de partida hacia la realización de aquel absurdo sueño, el cual no es más que un “taller donde se fabrican ideales”^{*}, ideales muertos y en decadencia, que toman vida a través del consenso - en algunos casos-, y también por medio de la calumniosa imposición –ya sea psicológica o física-, y que se convierten en deberes y derechos dentro de la sociedad civil para garantizar así “la existencia”.

Siguiendo con la indagación a la justicia, empezaré con develar detalladamente lo que se oculta tras esa bonita máscara a la que de una manera inconsciente todos nosotros le habíamos brindado tributo. No hay duda entonces, que la justicia es una máscara; aún no logramos captar su verdadero rostro debido a que ella se camufla astutamente con la imprescindible ayuda de la moral. Detrás de la aparición pomposa y altruista de la justicia, que con bombos y platillos se anuncia ante la civilización (o Estado), una historia moral hay tras sus espaldas; una ingeniosa historia que la revalida dentro de la existencia, llenándola de todo tipo de valores y de reconocimientos que la hacen indispensable para “equilibrar” el complejo desorden que representa la vida. Tal como si fuera posible “tazar” las acciones de las personas, la justicia, junto con la importante ayuda de la moral, logró “juzgar” los efectos que conllevan todo tipo de acciones que normalmente ejecutan las personas, tazándolas de buenas y malvadas^{*}. La moral al ser puro

^{*} En el Tratado I aforismo (14) de *la Genealogía de la moral*, Nietzsche nos habla de cómo es que se fabrican ideales en la tierra. Para ello es necesaria la ayuda de la “Indiscreción y Temeridad” que son los ingeniosos “fabricantes” que transforman la existencia destacando las “virtudes” más pequeñas como motores principales sobre los cuales gira todo: “la debilidad debe ser mentirosamente transformada en mérito, no hay duda –es como usted lo decía- _ ¡Siga! _”..y la impotencia, que no toma desquite, en bondad; la temerosa bajeza, en humildad; la sumisión a quienes se odia, en “obediencia” (a saber, obediencia a alguien de quien dicen que ordena esa sumisión, -Dios le llaman)” Federico Nietzsche, “Genealogía de la Moral”, (Editorial Alianza), Pág. 61-62.

^{*} La complejidad que representan estos dos conceptos “bueno y malvado” es trabajada por Nietzsche en el Tratado I de *la Genealogía de la Moral*, llamado “Bueno y malvado”, “Bueno y malo”. En esta ocasión saco un aparte de el aforismo

“desinterés”, puro “amor”, y pura “bondad”, mostraba el aval necesario, o la suficiente “transparencia” que le permitió irrumpir dentro de las “consciencias” de los hombres para determinar si su accionar es conveniente o no, para la “armonía” u “orden” que busca la justicia. De esta manera, es de suma importancia para el proceder normal de la justicia ir de la mano con su perfecto aliado, llamado moral, la cual se adueña de todas las características de transparencia, -inyectándose a la gente- para, “aparentemente”, hacer del hombre un ser más “equilibrado”, y más “humano”. Así pues, resulta muy usual, o muy “normal”, que las personas ordinarias tomen a la justicia como una especie de “poder divino” recibido por Dios para hacerlos mejores, y de esa forma equilibrar el mundo y hacer de la existencia algo perfecto y bello*, tal como aquel misericordioso Dios que lo impuso.

La justicia así, se convirtió “en la buena voluntad entre hombres de poder aproximadamente igual”⁴²; gracias a la imprescindible ayuda moral, que “taza y mide” (como si se pudiera hacerlo) las acciones de los hombres. El problema resultó al considerar las acciones reprobables, ya que concluyó que son las que “atentan a la especie”, (seguramente por pura arbitrariedad), castigándolas a punta de reproches y de culpas para crear así todo tipo de remordimientos de conciencia en los hombres, convirtiéndolos en unos horribles seres mansos e indefensos con miedo a superarse a sí mismos por el miedo mismo que les causaban todas esas restricciones. Así, con aquella inusual forma de “corregir”, de convertir al hombre en un ser “sano” y “bueno”, el pacto de igualdad propuesto consistía en hacer seres pequeños e indefensos, para “ponerse de acuerdo entre

13, el cual nos enseña el sentido particular y en nada absoluto de estos dos conceptos: “y cuando los corderitos dicen entre sí “estas aves de rapiña son malvadas; y quien es lo menos posible un ave de rapiña, sino más bien su antítesis, un corderito, -¿no debería ser bueno?”, nada hay que objetar a este modo de establecer un ideal, excepto que las aves rapaces mirarán hacia abajo con un poco de sorna y tal vez se dirán: “Nosotras no estamos enfadadas en absoluto con esos buenos corderos, incluso los amamos: no hay nada más sabroso que un tierno cordero” Federico Nietzsche, “Genealogía de la Moral”, (Editorial Alianza), Pág. 59

* Cabe resaltar también la labor de Platón que entroniza a la justicia en el libro primero de la República como condición de felicidad, y también posteriormente la nombró como “virtud y fundamento de la constitución”, aportando así de esta manera a la idealización arbitraria a la justicia que más adelante la tradición retoma y la corona con todas las apelativos de oro.

⁴² Federico Nietzsche, “La Genealogía de la Moral”, (Editorial Alianza), Tratado II, Aforismo (8), Pág. 92

sí, y volver a entenderse mediante un compromiso”, el compromiso de la justicia, que a punta de penas, castigos, y venganzas, logró que el hombre firmara aquel ridículo contrato de existencia para hacer parte de la “esfera de los derechos y las obligaciones”*. Entonces gracias a la valiosa ayuda de la moral, la justicia logró mediante esa increíble herramienta irrumpir fuertemente en las actuaciones de los hombres, sin que existiera ningún tipo de resistencia ante ello. Así pues, el contrato pactado a través de la fuerza (física y psicológica), permitió a la justicia castigar con el “látigo divino” a quienes consciente e inconscientemente lo incumplieran. El nombre de la verdad y de la bondad, fueron siendo sinónimos de justicia, y quien no lo entendiera así, lo aprendía apunta de maltratos, de sufrimientos, y de sangre (de una forma “injusta”)

El carácter moralizado que se le atribuyó así a la justicia la entroniza equivocadamente, porque le asegura una supuesta “bondad” y “transparencia” que le permite a ésta valerse de todo tipo de herramientas e instrumentos para que sus veredictos o sus penas sean y se hagan “efectivas”. Como bien sabemos, su imposición a los hombres se propuso a punta de sangre; y más sangre y castigos se utilizaran aún para su mantenimiento. Para que la pena sea “efectiva”, el “injusto” debe pagar una “justa” retribución al afectado, debe tomar “consciencia” –pensar en el “pacto de igualdad” que se le implantó- de las consecuencias de su acto y “pagarlo” de una forma proporcional con las implicaciones mismas que generó en el afectado: por esto es de suma conveniencia la ayuda moral, ya que con su balanza mide las acciones reprobables, y de acuerdo con esa “tasación” inventa una forma “justa” para pagarlas, es decir, una forma que no atente con “el equilibrio natural de las cosas”, equilibrando así todo este daño hecho mediante una “acción buena”, o un castigo considerable que pueda dejar conforme al afectado. Así pues, en esta gran “esfera

* A partir de esta “esfera de derechos y obligaciones”, “es donde tiene el hogar nativo los conceptos morales de “culpa”, “pena”, “consciencia”, “deber”, “santidad del deber”, -su comienzo, al igual que todas las cosas grandes en la tierra, ha estado salpicado profundamente y largamente con sangre”. Federico Nietzsche, “Genealogía de la Moral”, (Editorial Alianza), Tratado II, Aforismo (6), Pág. 82.

del derecho”, o “tela de araña”⁴³, en el que se acordó aquel inusual contrato de existencia, todos los hombres necesariamente están inmersos allí, -en especial los “injustos”- para que la “igualdad” entre todos sea posible, y de esta manera no poder presentarse desórdenes o anormalidades que rompan con la “armonía” establecida. Quién entonces sale de ahí, debe ser castigado con todo el peso de la “justicia”, teniendo que ser pues “corregido” por su imprudente mal comportamiento, siendo un derecho del ofendido clamar a los cuatro vientos ¡justicia!, para poder tomar algo “merecidamente” de quien lo afectó (“ojo por ojo, diente por diente”)

Por todo lo que la justicia “hace”, “es”, y “representa”, no resulta para nada extraño que las personas comunes y corrientes vean en su proceder como una especie de “acto heroico”. La justicia se muestra ante la sociedad como un superhéroe, como una especie de superman que castiga malhechores que quieren romper con los pactos de convivencia establecidos, y así tomar el mundo y adueñarse de las cosas: por ello los hombres engañosamente se sentirán “en buenas manos” cuando acuden a su ayuda, ya que ante todos los valores de oro que ésta representa, todo lo que ella haga será por la seguridad de los indefensos, (y entre más indefensos existan mejor), resultando casi imposible dudar de su proceder, el cual le permite castigar duramente al malhechor robándole algo sin que éste tenga el derecho a sentirse ofendido, ¡al contrario!, porque la justicia le quita algo “de más” que el otro tenía, y con lo cual seguramente les haría algún daño. Esa retribución, o ese “pedacito” que se le quita siempre a aquel malhechor, deudor de múltiples favores a la sociedad, es lo que satisface al afectado, ya que éste clama para verlo “igual”, es decir, que debe ser un ciudadano “de bien” tal como éste lo intenta ser, y no tener más cosas que lo hagan “dizque” peor (lo que a la larga es superior) El engaño así se presenta en todas sus formas, la justicia obliga a los

⁴³ En la segunda parte de *“Así Habló Zaratustra”*, éste en su discurso “De las tarántulas” compara a la justicia, y a todo lo que se encuentra rodeada alrededor, con la gran tarántula, que con su picadura castiga a las personas, sometiéndolas dentro de su poder, o enredándolas dentro de su fina tela. Más adelante hablaré de ello con mayores detalles sobre esto.

“malhechores”, o los que son diferentes, a hacer iguales a los demás; y los demás, a que traten duramente de acomodarse a sus caprichosas leyes; por todo esto, no es nada duro decir, que la justicia, el estado, la civilización, son fuertes dosis de venenos letales que matan muy lentamente al hombre –volviéndolo mísero, manso, débil- evitando así que este ser se pueda valer por sí mismo, que se pueda imponer su propio derecho.

Siguiendo con el tema de la retribución, debemos decir que ésta es esencial en la justicia, lo cual nos invita insistentemente a sospechar sobre ella. Como es ya un poco conocido, en este terrible acto existe la fórmula habitual acreedor-deudor, en la que el deudor es el condenado o el desdichado infractor que tiene una fuerte deuda con la ley, siendo eso lo que lo obliga a estar a disposición de su acreedor (o afectado) La justicia –que es puro “desinterés”- es la única con el derecho de poder desactivar las “cargas negativas” del deudor, -a través de sus bien conocidos métodos- para que el malhechor no vuelva a cometer más fechorías, lo cual significa que es indispensable intervenir de esa manera en todos esos casos. Sin embargo, por más que el acreedor este en su justo derecho de cobrar lo que se le “debe”, esto no necesariamente lo obliga a tener en todas las ocasiones el “sartén por el mango”, es decir, sentirse siempre el “bueno” y poder tratar al otro “malo” como se le da la gana. Resulta tan abusiva la arbitrariedad a favor del acreedor, que da casi tristeza la forma como la “justicia” se da el derecho de castigar a los “injustos”, cobrando sus deudas al igual que los duros usureros Judíos, solo por el simple hecho de que se les debe. He ahí el signo de interrogación sobre el que debo indagar: ¿realmente en la retribución se paga un precio justo por el daño realizado, o tal vez no exista ese “precio justo” que clama a gritos la justicia, o que dice retribuir la retribución?

En ningún momento mi intención es defender a los infractores, lo único que defiendo en ellos es el robo del que son víctimas por parte de la sociedad que quiere castrarles aquella “fuerza instintiva” que llevan dentro y que los hace

diferentes de los demás. Como Zaratustra decía, “el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal” (El nuevo ídolo), y la justicia también no escapa a esos sucios métodos de engañar a la gente, ya que ésta se siente con el derecho de “corregir” sin tener en cuenta a quién está corrigiendo, porque sobre la ley que se basa es la ley que se implanta ella misma, una ley que aparentemente esta en beneficio de todos, ya que se “adapta” a todos, pero que en realidad no es más que el beneficio de quien la impone (sus gobernantes), que no necesariamente son honestos. Así entonces, el problema (para la furia de todas aquellas personas moralizadas) no debe ser tanto los “malhechores”, sino más bien la justicia, (lo que con ello no estoy permitiendo que el malhechor esta en el derecho de hacer lo que quiera), porque detrás de la justicia no hay ningún poder divino que la respalde, ni mucho menos ningún tipo de Dios bondadoso y desinteresado que la haga más honesta; allí, detrás de ese engañoso rostro, existe la tarántula traicionera, la misma de la que Zaratustra nos habla en la segunda parte de sus discursos, quién a través de sus picaduras y de su fina tela, mantiene en su poder todo el que se encuentra en su “territorio”, y con sus castigos crea en las personas “vértigos al alma”, que son peores aún, que el daño hecho por el infractor : “así os hablo en parábola a vosotros los que causáis vértigos a las almas, ¡vosotros los predicadores de la igualdad! ¡Tarántulas sois para mí, y vengativos escondidos!”⁴⁴ De esta manera, los castigos a los infractores no tienen ninguna razón de ser, ya que la corrección que éstos buscan no corrige nada, sino que empeora todo, convirtiendo al hombre en un ser manso y mísero, creándole así una mala consciencia que lo convierte en un ser verdaderamente mezquino y dañino: “el castigo tiene como fin mejorar al que castiga –éste es el último recurso de los defensores de la pena” (§ 219), demostrándonos que lo único que cambia en el castigo, ha sido nada más, la forma de castigar.

Si los castigos son insuficientes entonces, ¿qué es lo que la justicia corrige, equilibra, y defiende? Son insuficientes los castigos en la medida que no perdonan realmente al castigado. Las instituciones encargadas de esas “correcciones”, lo

⁴⁴ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. (155)

único que verdaderamente muestran es “un placer por el castigo” (elementos festivos en la pena)*, en la cual inventan, y crean nuevas formas de castigar a los infractores: como la suavidad en el maltrato (para eliminar así los antiguos suplicios, y mostrar cierta indulgencia que no lo haga débil, pero que tampoco lo haga malvado); trabajo al castigado (para convertirlos en objetos “útiles” y beneficiosos a la sociedad); y miles de fórmulas y “formas mágicas” que esas brillantes mentes crueles inventan con el fin de amoldar a los demás, de meterlos en ese duro molde social a aquellos hombres sólidos y realizados que desde que existen ya tienen su propia figura: “¡dejemos de pensar tanto en castigos, reproches, en el modo de mejorar a los demás! Raramente cambiamos a un individuo, y si tuviéramos éxito, tal vez sin darnos cuenta, también habríamos logrado algo con ello: ¡nosotros nos habríamos transformado también! (§ 321) Los pensamientos egocéntricos que piensan que todo lo que gira a su alrededor, gira mal, no permiten entender que los que giran mal son los que se dejan llevar por ese tipo de pensamientos, como “los últimos hombres”, que en su idea loca de buscar la felicidad, quieren pedir cambios en los demás, sin mirarse siquiera a ellos mismos; por esto castigan y “corrigen” sin ningún tipo de impedimento, ya que a sabiendas (arbitrariamente) de que ellos son los “buenos”, los “perfectos”, los “justos”, nunca entenderán que dentro de sí puede haber algo malo: por ello nunca perdonan sinceramente, y no es por falta “dizque” de la vocación cristiana del perdón, al contrario, esa es la que los hace ser así de envidiosos, ya que dicha vocación les da el derecho de ser los únicos que pueden perdonar. De esta manera, por tener más poder, por tratar de ser diferentes, por buscar nuevos caminos en su vida, el “injusto” es duramente atacado por los demás, es duramente castigado por la envidia de los otros, ya que se le pide (a punta de fuerza), amoldarse a esa ridícula ilusión de ser todos iguales e ir por el mismo camino, y así abrir las mismas puertas de la existencia, sin pensar siquiera en

* A propósito de los elementos festivos de la pena, Nietzsche en *la genealogía de la moral* Tratado II, aforismo (7), hace una especie de recuento histórico en la que nos enseña el espectáculo que representa el dolor para las personas. Por esta razón, la pena impuesta a los infractores no deja de ser una imposición a sangre que crea placer en el que castiga, “Y, como ya lo hemos dicho, ¡también en la pena hay muchos elementos festivos!...”

otras posibilidades que los hagan ver nuevos rumbos: “¡vosotros predicadores de igualdad!, la demencia tiránica de la impotencia es la que en vosotros reclama a gritos “igualdad”⁴⁵

Todas estas ingeniosas fórmulas que actúan a favor del “mejoramiento de la especie”, del equilibrio, de la seguridad, de la felicidad, no son conscientes aún que estos estados de animo son producto de continuas tensiones entre dos estados extremos. Eliminar el dolor, no necesariamente produce placer, ya que éste necesita del dolor para hacerse sentir; lo mismo le ocurre a la felicidad, necesita de la infelicidad, para conocer muy bien lo que consiste la felicidad, porque una cosa no se puede afirmar sin tener en cuenta su diferencia: como por ejemplo, para que haya luz, es necesario la sombra, lo mismo que para que exista la vida, es necesaria la muerte. Entonces, ante todo esto ¿para qué la justicia? ¿Para qué equilibrar las fuerzas eliminando todo el mal posible (excepto el que generan “los justicieros” porque los castigos continúan ahí)? Los frutos que genera la vida necesitan del arado de los buenos y de los justos como primera medida para empezar la cosecha, pero la semilla de los “injustos”, de “la maldad”, es indispensable para que un perfecto fruto salga a la luz^{*}; tal como cuando se hace un nuevo edificio, se tiene que derribar el edificio viejo para que uno más moderno y mejor surja de ahí, “¡solo como creadores, podremos destruir!” (§ 58) Así pues, la destrucción es creación, solo que no actúa de la misma manera como la construcción: por esto no debemos eliminar a ultranza todos los frutos de la maldad, ya que estos frutos pueden ser sinónimos de construcción, de superación, pero que actúan de maneras muy diferentes, “la guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo”⁴⁶, no lo olvidemos.

⁴⁵ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 156

^{*} Acerca de los frutos que produce la maldad, en el tercer libro de *la Gaya Ciencia*, Nietzsche dice lo siguiente: “¡El mal siempre ha causado gran efecto a su favor! ¡Y la naturaleza es mala! ¡Seamos pues naturales!” –así razonan en secreto aquellos que buscan, ante todo, causar efecto dentro de la humanidad, a quienes no pocas veces se le ha incluido entre los grandes hombres” (§ 225)

⁴⁶ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 84

La mayoría de las funciones de la naturaleza se ejecutan a través de los actos violentos. Mediante estas acciones, lo débil naturalmente tiene que ser afectado por algo más fuerte, para hacer de este fuerte mejor; por esta razón la felicidad absoluta, tal como la justicia absoluta no son posibles sin una dura tensión entre dos estados extremos (felicidad-infelicidad) Así pues, para que halla justicia se necesita de “los malhechores” que la infraccionen, demostrándonos así que la justicia no es absoluta, ni bella, ni perfecta, y que su funcionamiento necesita de los actos “injustos” para mantenerse: por ello eliminando el dolor, eliminando al “malhechor”, ¿qué queda entonces? ¿Un millar de ovejas “justas”, guiadas por un pastor (aparentemente más justo) que las cuida y las engorda para llevarlas al matadero? Seguramente eso es lo que queda, porque mientras exista alguien con intenciones buenas o malas sobre las personas (como los administradores de la justicia), están ejerciendo un poder sobre los demás, los están sometiendo a sus intenciones más ocultas, y lo peor aún, no están permitiendo que por sí solo el hombre elija su propio camino, ya que para elegir tiene que compararse, o llegar a una idea aproximada con los demás, para poder ser guiado por aquel “bondadoso” pastor del rebaño.

En conclusión, así como no existe el bien y el mal por sí mismos, la justicia tampoco se da por sí misma. Aquella protección desinteresada que propone la justicia absoluta, no es posible siempre y cuando exista una cabeza al mando, ya que ésta necesariamente debe sacar provecho de su situación, siendo difícil que éste actúe de una manera “desinteresada”, tal como la justicia dice serlo. Tampoco la justicia es posible porque no existen culpas, ni remordimientos, ni errores conscientes de un pensamiento “maligno” que quiere ser “injusto” con los demás, sino solamente la intención del hombre por querer conseguir caminos que lo saquen del estado lamentable en el que se encuentra, que le permitan superarse a sí mismo e ir por la gran cantidad de rutas y senderos que la vida en su amable abundancia ofrece; descubrir esos caminos es la función del hombre, más no restringirlos. Tampoco la justicia es posible porque todos no somos

iguales, ni podremos llegar a serlo; la naturaleza misma nos enseña, a través de su carácter derrochador, que nada actúa sin tener que afectar al otro, sin ejercerle violencia, ya que todo por necesidad tiene que ser desigual para que así una cosa se imponga sobre la otra: el pequeño se sacrifica por el grande, con el objetivo de que el grande se haga más fuerte. “Pues a mi la justicia me dice así: “los hombres no son iguales” ¡Y tampoco deben llegar a serlo! ¿Qué sería mi amor al superhombre si yo hablase de otro modo? Por mil puentes y veredas deben los hombres darse prisa a ir hacia el futuro, y debese plantar entre ellos más guerra y desigualdad: ¡así me hace hablar mi gran amor!”⁴⁷ Guerra, desigualdad, “injusticia”, son los males necesarios que la vida en todo su esplendor gustosamente nos ofrece, ya que el hombre, al igual que la vida, debe dar todo de sí (sin pensar tanto en los impedimentos), para que la existencia sea rica y derrochadora tal como la vida misma, y no se encuentre atrapada por horizontes finitos que muestran que no hay nada más por lo que seguir. De esta manera, no es posible “dar a cada uno lo que se merece”, sino darlo todo de sí, es decir, que el hombre mismo se implante su propia justicia, su propia voluntad, y su propio derecho, para no hacerse esclavo de los demás, a la espera de recibir siempre lo que “supuestamente” se merece (recompensa-retribución), porque es más difícil saber lo que el hombre quiere, siendo más fácil saber, más honesto, y más real saber, lo que puede el hombre: “¡más como puedo dar a cada uno lo suyo! Bástame esto: yo doi a cada uno lo mío”⁴⁸ Por estas razones entonces, el “injusto” resulta siendo verdaderamente justo, ya que se enfrenta al imprevisible destino con toda su fortaleza y toda su valentía implantándose su propio derecho, sin tener que engañar a los otros con esas bonitas máscaras bondadosas que mienten sobre el bien y el mal, sino a través de su propia imposición, una imposición que lucha con las difíciles barreras que nos pone la vida, y que le permite liberarse de aquel Dios vengativo que no quiere que el hombre por sus propios medios llegue a ser, el que es.

⁴⁷ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 157

⁴⁸ Ibíd, Pág. 113

Hasta ahora se le ha dado el merecido trato a la justicia; miremos entonces a “la virtud”, quien por sí misma debe hablar, al igual que la justicia, para develar lo que oculta tras su aparente brillo. Recordemos que esta “gran virtud”, al igual que las demás virtudes, ha muerto gracias al papel lánguido y austero que representó (y representa) en la tierra. El hombre equivocadamente se convirtió en un experto en asuntos sobre el bien y el mal, terminando por confundir muchas tonterías con virtudes, estacionándolas en estados absolutos, bañándolas con oro, y elevándolas a infinitudes trasmundanas que representan descaradas infidelidades a la tierra y que hacían que su papel se centrara en esos sueños, y no se entregaran de lleno a la vida, al hombre y a su tierra. Así todo lo que el hombre considero como absoluto, como lo máximo, como fin o meta, adquirió rápidamente el titulo de “virtud”, es decir, de aspiración máxima del hombre, de conformidad frente a la dura lucha de la existencia, y también como un medio certero para no alterar ni cambiar las cosas, ya que el hombre “bueno” aboga porque las cosas permanezcan iguales, y aquella conformidad con respecto a la virtud, permitía mantener ese orden. Para ello se basó en una figura imprescindible: el maestro de las virtudes; experto en sacarle brillo a estas efigies de cobre que los últimos hombres idearon para que hicieran de las metas que se propone éste en su existencia, algo sencillo, y a la vez “interesante”, ya que -en apariencia- la doctrina de estos maestros se ve como un buen sentido de vida. Pero los efectos que generaban este tipo de “virtudes” en la tierra eran insuficientes para lograr grandes cosas (concretas y reales), y no sueños de cansancio, de cobardía y de fatiga, tal como aquella alabanza del sueño del hombre justo que enseñaban los maestros de la virtud, y que abogaban directamente en defensa de las “virtudes adormideras” que son sinónimos de “armonía”, “tranquilidad”, y “orden”, pero pagando un precio demasiado costoso por ello.

Cuando Zaratustra fue tentado a escuchar la cátedra del maestro de las virtudes, éste se dejó llevar por un encantador embrujo que irradiaba aquella popular

cátedra en la que este sabio enseñaba su doctrina. “Velar durante el día para dormir bien durante la noche”, esta enseñanza del maestro se conseguía mediante el encuentro con las cuarenta verdades que se debían buscar celosamente en el transcurso del día: diez superaciones, diez reconciliaciones, diez verdades, y reír diez veces, era todo lo que en el día debía conseguirse para lograr un placentero descanso en la noche. Aunque el encuentro con estas diez verdades supone a priori un valioso esfuerzo para conseguirlo, en realidad no lo era así, ya que esta finalidad se ganaba con muy poco, y además es una muestra desesperada por buscar la tranquilidad y felicidad cuando la vida esta llena de contrariedades y luchas entre opuestos que hacen de esos fines algo imposible, o por lo menos algo que no se alcanza fácilmente. Así, la demostración clara de estos pequeños deseos impuestos por esa “virtud” la puedo resumir de la siguiente manera con las palabras explícitas del sabio: “¡honor y obediencia ante la autoridad, incluso a la autoridad torcida!... No quiero muchos honores, ni grandes tesoros: eso inflama el brazo. Pero se duerme mal sin un buen nombre y un pequeño tesoro... Mucho me agradan los pobres de espíritu: fomentan el sueño. Son bienaventurados, especialmente si se les da siempre la razón...”⁴⁹. Estas enseñanzas son fieles muestras de que lo que se busca con esa “virtud” es ante todo la tranquilidad, la cual es sinónimo de profundo sueño, de fácil conformidad, y de un miedo directo para enfrentar las barreras y obstáculos que nos enseña siempre la vida: “reconozco a los espíritus que buscan tranquilidad, por la cantidad de objetos oscuros de los que se rodean: quien quiere dormir oscurece su habitación o se arrastra hacia una cueva. ¡Un aviso para los que no saben que es lo que, en verdad, mas buscan y desean saberlo!” (§ 164), por esta razón, aquella búsqueda de tranquilidad termina siendo como un punto final de la existencia, un miedo ante ella: como un rechazo hacia la creación de nuevos valores, como una búsqueda de la Nada.

⁴⁹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 57

El encanto embrujador de aquella cátedra consistía en que ésta invitaba amablemente al sueño, pero a cambio de dormir la fuerza interna que debe poseer la virtud, ya que ésta tiene que ser la fuerza creadora que permite romper los molestos horizontes que cerraron todas las posibilidades al hombre: por ello Zaratustra se molesto ante esas enseñanzas, “un necio es para mi este sabio con sus cuarenta pensamientos”⁵⁰, porque en realidad, nada es lo que se consigue con esos cuarenta pensamientos, y muchos son las personas que se dejan arrastrar por aquellas “inútiles” doctrinas. La invitación a este sueño consiste entonces en no tener amarguras dentro de uno mismo, ni tampoco fatigosas luchas que no dejan tranquila la mente y que impiden un placentero descanso. Los maestros sabios de la virtud eran los que enseñaban su palabra, y para entonces eran muy populares dentro de la gente, ya que la claridad con la que hablaban del dormir resultaba sumamente encantadora para los oídos sordos de estas personas que por sí mismas son incapaces de recibirse sus propias órdenes, porque no saben hacia dónde van, ya que necesitan de un guía que los dirija, y los maestros de la virtud se presentaban como los más seguros timones para estas personas que andan sin rumbo. Sin embargo, Zaratustra no se dejó llevar por aquellos encantos y descubrió que tras esa doctrina se buscaba algo perjudicial para la superación del hombre, para la búsqueda de valores auténticos que le den sentido a las cosas: “ahora comprendo claramente lo que en otro tiempo se buscaba ante todo cuando se buscaban maestros de la virtud. ¡Buen dormir era lo que se buscaba, y, para ello, virtudes que fueran como adormideras! Para todos estos alabados sabios de las cátedras era sabiduría el dormir si soñar: no conocían mejor sentido de la vida.”⁵¹ Al igual que los discípulos que no saben a donde dirigir sus timones, los maestros de la virtud sufren el mismo problema, ya que en este dormir sin soñar, castran la fuerza creadora del hombre: todos sus deseos, todas sus ilusiones, y así todas las posibilidades que muestran que la vida tiene infinitud de medios directos para superarla, y no aquella finitud de cosas que estos sabios

⁵⁰ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 58

⁵¹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 58-59

defienden como un método para que todo permanezca igual, tranquilo, inalterable y en paz. Por eso el tiempo de estos sabios ha pasado, porque la vida necesita creadores que sean capaces de encontrar una nueva virtud, dejando atrás aquella virtud vieja que estancó al hombre, y que lo llevó a chocar con horizontes finitos. “Y todavía hay algunos como este predicador de la virtud, y no siempre tan honestos: pero su tiempo ha pasado. Y no hace mucho que están en pie: y ya se tienden”⁵² El sueño del hombre justo entonces clama por el torpe sueño, el sueño sin ilusiones, el sueño simple y fofo que no quiere darse cuenta de nada, que no quiere soñar algo interesante, porque antes que cambiar y crear nuevas cosas, éste aboga para que todo permanezca igual, ya que lo único que quiere es dormir, esconderse dentro de una oscura cueva para desaparecer así de la vida, o llevarla por los caminos más simples.

La doctrina de los maestros de la virtud ha quedado atrás, el tiempo de todos estos alabados sabios finiquitó a causa de los pocos medios y posibilidades que le brindaron a la virtud y a la vida; por eso el hombre debe hacer caso omiso a todas aquellas “enseñanzas” que incentivan el miedo a través del sueño, y que buscan el final como una jugosa recompensa que se gana después de una desesperante y horrible lucha. Por ahora entonces, el hombre debe buscar su propio camino, debe explorar nuevos medios y nuevas rutas que le enseñen que sin la necesidad de un guía éste puede planearse sus propias metas. Para ello Zaratustra nos enseña a amar nuestras pasiones: “en otro tiempo tenías pasiones y las llamabas malvadas. Pero ahora no tienes más que tus virtudes: han surgido de tus pasiones”⁵³ A lo largo de la historia las pasiones han sido siempre calumniadas por el hombre; las han tildado de enfermas, de dañinas, y hasta de demoníacas; mucha equivocación hubo tras todos esos prejuicios. Ahora con la doctrina de Zaratustra, se busca recuperar ese lugar privilegiado que merece la pasión, debido a que ésta es como lava ardiente, porque representa fuerza, valentía, lucha,

⁵² *Ibíd*, Pág. 59

⁵³ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra” (Editorial Alianza), Pág. 68

“hundimiento en el ocaso”, y originalidad, siendo el combustible necesario para la creación de una nueva virtud, que no esté en común con nadie, y que sea capaz de dar todo de sí, sin tener que reservarse nada. La antigua virtud que era la que se reservaba todo, estaba en común con todos los hombres como el pan que se encuentra sobre la mesa y del que los pobres de espíritu abusan; algo de grandeza había en ella, pero el resultado de su acción no era más que austeridad con los fuertes, y alcahuetería con los débiles, lo que a la larga se resumía como decadencia total para la virtud en sí: por eso es mejor que ésta sea rica, derrochadora, libre, única, auténtica, para que no se preste al abuso de todos; “¡y he aquí que tienes su nombre en común con el pueblo y que, con tu virtud te has convertido en pueblo y en rebaño!”⁵⁴, ya que cuando se comparte la virtud, se pierde toda la fortaleza y toda la abundante energía que ésta puede dar, perdiéndose así también la persona que la posee. No resulta para nada desacertado decir eso, ya que esta virtud común fue haciéndose de a poco de exclusividad de los débiles, porque abogando ésta por la compasión, por la bondad, por la solidaridad, y por todos éstos “valores” que equivocadamente están a favor de lo pequeño, (por considerarlo bueno, e indefenso), envían directamente a la hoguera pública a la virtud que por sí misma quiere encontrar su propio destino, al hombre que por sí mismo quiere crear nuevos valores y nuevos retos para la vida, ya que lo considera como envidioso y desalmado por no estar en comunidad con el rebaño.

Contrario a ello, es más honesto que por sí mismo el hombre confíe en sus pasiones para hacer auténticas virtudes, a tener que mendigar o robar la poca riqueza que tiene la virtud en común. Por eso éste no debe avergonzarse de todo el poder que le brinda su pasión, ya que si ésta no está en concordancia con las virtudes comunes, eso se debe al poco poder que los pobres de espíritu le brindaron a su virtud. Así, el virtuoso auténtico debe decir siempre: “inexpresable y sin nombre es aquello que constituye el tormento y la dulzura de mi alma, y que es

⁵⁴ *Ibíd*, Pág. 67

incluso el hambre de mis entrañas”. Sea tu virtud demasiado alta para la familiaridad de los nombres”⁵⁵, ya que ésta representa la originalidad y la autenticidad propias de la persona que la posee, y no la confusión impresionante que se genera cuando se comparte una misma cosa con todo el mundo. Para compartir la virtud con el rebaño, hay que sentirse en su “propia leche”, ya que éstos nunca aceptarán a alguien diferente; por esto resulta muy problemático para ellos que cada hombre tome por sí solo su camino, y le dé su propio nombre, y su propio poder a sus virtudes. Esas fueron las razones que motivaron que el rebaño hiciera de la virtud algo común, ya que eso les permitía mantener a todos los hombres iguales, juntitos, domesticados, para someterlos a las mismas condiciones, y terminar convirtiéndolos en una sola “voluntad” esclava y obediente de un Dios “bondadoso” que aboga por el mantenimiento de los pobres y los débiles, y que duramente ataca a quién por sí mismo quiere encontrar su propio camino. Por esta razón, esa “voluntad” no está diseñada precisamente para que todos entreguen su poder al máximo; habrán siempre espíritus más fuertes que tienen la capacidad de obedecerla, y habrán muchos (por no decir que la mayoría), que se aprovechan de lo que esos fuertes hacen: por esto es que quienes están sometidos a ese tipo de “virtudes”, fácilmente terminan haciéndose esclavos de aquellos “astutos” que están al mando, o de aquellos pobres y enfermos que no se esfuerzan para nada por conseguir las cosas, porque esa “voluntad decadente” trabaja exclusivamente para ellos. Por estas razones entonces, la “virtud” existente no tiene ningún tipo de precio, porque esta es una virtud enferma, mezquina y envidiosa, que mira en la mesa de los que tienen para poder así robarles algo, porque no es capaz de conseguir nada por sí misma. Por todo ésto, es necesario que el hombre gaste todas sus energías en la búsqueda de una nueva virtud, y para conseguir eso, no debe sentir vergüenza de sus pasiones (así el rebaño lo haga avergonzarse), porque la pasión es toda la fuerza interna y creadora que tiene éste por dentro, y que le permite crear una nueva virtud, original y auténtica, propia del hombre que representa, y de la tierra a la

⁵⁵ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 67

que ama y pertenece, “una virtud terrena es lo que yo amo: en ella hay poca inteligencia, y lo que menos hay es la razón de todos”⁵⁶, y tampoco sueños del más allá que son los caprichos de un aparente Dios. Así, el hombre debe entregar todo de sí para sí mismo, sin tener en cuenta que su virtud se compare con las virtudes existentes que pululan y han dejado en cuidados intensivos a la existencia: “pusiste tu meta suprema en el corazón de aquellas pasiones: entonces se convirtieron en tus virtudes y alegrías. Y aunque fueses de la estirpe de los coléricos o de los lujuriosos, o de los fanáticos de su fe o de los vengativos: Al final todas tus pasiones se convirtieron en virtudes y todos tus demonios en ángeles”⁵⁷ Amando nuestras pasiones entonces, damos el primer paso hacia la recuperación del auténtico brillo que debe lucir la virtud, hacía la recuperación de la vida y de la tierra, y también hacia la recuperación del sí mismo del hombre (que le enseña su poder creador), necesarios todos ellos para superar la muerte de Dios.

En esta larga exposición que acabo de hacer, que abarcó el segundo y gran parte del tercer capítulo, están presentes todas las razones por las cuales matamos a Dios: como el desprecio del cuerpo, el trasmundo, y la predicación de la muerte; lo mismo que la muerte de la razón, de la moral, de la justicia, y de la virtud. Todo ésto nos llevó a acercarnos al suceso que conmocionó el mundo, y del que los hombres irónicamente no estaban enterados. Tal vez esta exposición ayude en algo, pero como todos sabemos la estirpe creciente de los últimos hombres pulula dentro de la tierra, permitiendo así el nacimiento de “demasiados” que en nada ayudan a que todo esto termine. No todos los hombres podemos acceder a esta (dura) verdad que nos enseña sobre la pérdida de sentido de la existencia, ya que el suceso de la muerte de Dios se expande vertiginosamente, contagiando y debilitando todo lo que encuentre a su paso. El privilegio que tienen los pocos hombres -como los discípulos de Zaratustra- que tienen consciencia sobre la

⁵⁶ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 67

⁵⁷ *Ibíd*, Pág. 68

muerte de Dios, a simple vista parece el antídoto esencial para superar este incidente, pero no lo es del todo porque con la comprensión de este suceso no se es suficiente para superarlo, porque la superación implica la creación de nuevos valores que no sean enfermos y decadentes como los que anteriormente existían (y aún existen); más bien lo que representa esta toma de consciencia es una preparación para una transvaloración radical de los valores anteriores, y para evitar que este suceso se expanda. Recordemos entonces, las palabras del hombre loco al final de su intervención en las que nos enseña porque no estamos preparados aún para comprender o para superar este acontecimiento: “el rayo y el trueno necesitan tiempo, la luz de las estrellas necesita tiempo, los hechos necesitan tiempo, aún después de que hayan ocurrido para ser vistos y escuchados. Esta acción les está todavía más lejana que los astros más lejanos - ¡y sin embargo, ellos mismos la han llevado a cabo!” (§ 125) Al parecer la noticia sobre la muerte de Dios aún no ha llegado a los oídos de los hombres; seguramente este suceso se encuentra alejado a distancias infinitas como a las que se encuentran las galaxias más lejanas de la tierra, las cuales tardan millones de años luz, simplemente para poder ser visto su tenue brillo. La muerte de Dios se encuentra entonces a millones de años luz de nuestra visión, de nuestro entendimiento, de nuestra consciencia: por eso solamente podemos entender atisbos sobre su suceso, ya que el secreto que esconde esta verdad requiere de algo que muy seguramente el hombre no ha podido tener, ¿qué ha de ser?

No podemos saber a ciencia cierta el secreto que esconde esta situación; pero tenemos el anunciante, el hombre que paso diez largos años callando junto al árbol y la montaña, bajo la compañía de sus dos grandes animales (el orgullo del águila, y la inteligencia de la serpiente), rumiando esta verdad hasta convertirla en tibia leche que recorre tramo por tramo como sangre por sus venas. Todo esto hace que Zaratustra conozca a fondo lo referente a la muerte de Dios, hace que se encuentre delante de todos los hombres: pero Zaratustra es también un misterio, es una respuesta y un enigma que no se puede descifrar fácilmente, por

eso el carácter de su superhombre queda inconcluso (recordemos el signo indescifrable de la paloma y el león)*, porque seguramente ese “ser” –si se le puede llamar así- pertenezca a otra especie y otra esencia*. Tal vez este mismo problema atañe a que el hombre no es capaz de comprenderlo, tal como lo predijo el loco; por eso fue que terminamos burlándonos de él, tal como le ocurrió a Zaratustra la primera vez que bajó a la ciudad. Pero los pocos que lo escuchamos somos conscientes de la importancia que tiene su palabra dentro de los hombres, porque Zaratustra es el “rayo y el trueno” que causaron conmoción en la tierra y que con su duro golpe, puso alerta a los despistados hombres que por ningún motivo podrían ser conscientes de lo que estaba pasando. Zaratustra es pues, su despertar, es como el sol naciente que ilumina la mañana y que con su abundante luz llena de energía a los hombres, preparándonos para asumir la labor diaria: por esto su palabra debe ser tomada en cuenta, ya que es como una luz iluminadora que nos guía por este túnel en el que nos encontramos atrapados.

Al final de la primera parte de la obra de Así habló Zaratustra, la cual se centra en la muerte de Dios, encontramos el discurso titulado, la virtud que da regalos. En su segunda despedida con los que Zaratustra considera sus discípulos, éste les brinda aquella bonita enseñanza, porque éstos son los primeros conscientes del acontecimiento de la muerte de Dios, (ya que lo siguieron en su largo viaje) y ha llegado el momento de despedirse otra vez, para que éstos, por sí solos encuentren su propio camino, para prepararse así en el próximo encuentro a

* En la cuarta parte de esta importante obra, vemos el discurso titulado “el signo”. Aquí es el momento en el que Zaratustra, después de mucho meditar, de mucho indagar, por fin encuentra a su anhelado hombre superior; sin embargo, aquel encuentro resulta ser una incógnita dura de descifrar. Vease “Así habló Zaratustra”, Pág. 438 (El signo)

* Gianni Vattimo, en su trabajo *“Nietzsche, Y el Más allá del Sujeto”*, trata de descifrar el carácter indescifrable de lo que representa la superación o el Ultrahombre del que Zaratustra nos habla en su obra. Para Vattimo este “sujeto” aparentemente puede verse como un “hombre conciliado” que se encuentra en el horizonte de la dialéctica, es decir, en el estado máximo de todo. Sin embargo, las cosas “en sí” necesitan siempre un horizonte de comprensión que las haga descifrables: por ello resulta complicado decir que el Ultrahombre de Nietzsche se encuentre en un estado máximo y absoluto, lo cual implicaría que no habría nada detrás de ello que lo hiciera comprensible. Todo esto hace difícil encontrar en ese Ultrahombre un tipo especial de ser, de cosa, de fuerza o de energía; por esta razón, no es posible pensar apresuradamente a este Ultrahombre como un sujeto o una especie de ser: “el Uebermensch o Ultrahombre no puede ser entendido como sujeto conciliado porque no puede ser pensado como sujeto” Gianni Vattimo, “Más allá del Sujeto”, Nietzsche, Heidegger y la Hermenéutica, (Ediciones Paidós), Pág. 28

celebrar el gran mediodía^{*}. La enseñanza de esta nueva virtud que Zaratustra trae a sus discípulos, expresa “el auténtico “sí-mismo” del hombre, la liberación acontecida con el conocimiento de la muerte de Dios”⁵⁸, siendo pues de suma importancia todo lo que aquí se dice. Así, en este discurso Zaratustra les habla de una virtud que se contrapone completamente a la virtud enferma que existe en la tierra, para que el hombre recobre su “sí mismo”, y se encamine directamente a la búsqueda del superhombre. La virtud que Zaratustra enseña ahora, es la más rica y poderosa de todas porque da siempre sin la necesidad de recibir nada, también tiene el sello inconfundible de la tierra, y para ello tiene que estar alimentada con la pasión insaciable de quien la posee dentro: con todo su egoísmo, con toda su lucha, y con todos sus deseos de superarse siempre más. Solo una virtud así, puede ser la más alta y la más poderosa de todas: “rara es la virtud más alta, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo: una virtud que hace regalos es la virtud más alta”⁵⁹ La mirada del que da regalos brilla lúcidamente como el objeto de su acción que es puro dar. Nada debe reservarse de sí, porque todo lo tiene sin llegar jamás a un límite. Así, el valor que posee esa virtud, es el que debe aspirar todo hombre que se quiera superar a sí mismo, ya que la voluntad de dar solo es posible gracias a la abundancia (que hace tener), y al desprendimiento (que permite dar) de quien la lleva dentro, cualidades que nos enseñan que el que da, no es un envidioso, sino que es como la virtud misma que lo impulsa, puro derroche: “esta es vuestra sed, el llegar a ser ofrendas y regalos: y por ello teneis sed de acumular todas las riquezas en vuestra alma. Insaciable anhela vuestra alma tesoros y joyas, porque vuestra virtud es insaciable en su voluntad de hacer

^{*} “El gran mediodía”, es el momento en el que la consciencia del hombre esta en su *claridad máxima*, es decir, el momento oportuno en el que se encuentra preparado para el querer propio que le permite la voluntad de poder: libre de Dioses, y de todo tipo de yugos y grilletes que impiden que éste pueda autorreconocerse como hombre que puede todo, para así dar el primer paso que le permita llegar de su animalidad al superhombre y convertirse en creador de nuevos valores: “Y el gran mediodía es la hora en que el hombre se encuentra a mitad de su camino entre el animal y el superhombre y celebra su camino hacia el atardecer como su más alta esperanza: pues es el camino hacia una nueva mañana” Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 127

⁵⁸ Eugén Fink, “La Filosofía de Nietzsche” (Cáp. III, El mensaje), (Editorial Alianza), Pág. 87

⁵⁹ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, Pág. 122

regalos”⁶⁰ Para esto entonces, hay que ser ladrón de todos los valores, hay que buscar el brillo que lo haga atractivo, y el querer propio en las cosas que motive a conseguirlo: un querer puro, que encuentre todo por sus propios medios, bien sea quitandoselo a otro, pero de una forma noble, como los grandes luchadores. Todo este “egoísmo” existente en esa nueva virtud, se diferencia abismalmente de la mezquindad de los enfermos, “del egoísmo enfermo”, que roba al otro (sin hacerlo parecer): con los ojos de la compasión, de la humildad, y de todas esas “virtudes” que aparentemente son indefensas, pero que en realidad “actúan” para su propio beneficio: “con ojos de ladrón mira ese egoísmo todo lo que brilla; con avidez del hambre mira hacia quien tiene de comer en abundancia; y siempre se desliza en torno a la mesa de quienes hacen regalos”⁶¹ Por eso no podemos decir apresuradamente que lo que da el poder de aquella virtud, haya sido robado; más acertado sería decir, que lo que ella da (e intenta dar), es lo más difícil de conseguir, lo que nunca se había dado, lo original, lo inconquistable: por ello debe ejercer tanta fuerza en su búsqueda. “Los originales son principalmente quienes han puesto nombre a las cosas” (§ 261), y el trabajo de esta nueva virtud, es conseguir un sentido auténtico y único, un nuevo nombre, una nueva virtud que no siga queriendo lo mismo.

Para conseguir el brillo propio de esa auténtica virtud, hay que escuchar el dulce susurro de los símbolos de las elevaciones que motivan al espíritu hacia una liberación concreta⁶². Tales símbolos son como una especie de preparación para el cuerpo que avisan al espíritu oportunamente que se está listo para la elevación:

⁶⁰ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 123

⁶¹ *Ibíd*, Pág. 123

⁶² Tales símbolos a los que hago mención, se encuentran en el discurso “de la virtud que da regalos”. Estos símbolos son como una especie de máximas para todos aquellos hombres que quieren “pasar al otro lado” hundiéndose dentro de su ocaso, consiguiendo de esa forma una recuperación completa de su “sí mismo” que les permita de esta forma prepararse para la creación de un nuevo valor, siendo así entonces, el origen de la virtud. Así pues estos símbolos son: “Cuando vuestro corazón hierve, ancho y lleno, igual que el río, siendo una bendición y un peligro para quienes habitan a su orilla: allí está el origen de la virtud. Cuando estáis por encima de la alabanza y de la censura, y vuestra voluntad quiere dar órdenes a todas las cosas, como voluntad que es de un amante: allí está el origen de la virtud. Cuando despreciáis lo agradable y la cama blanda, y no podéis acostaros a suficiente distancia de los comodones: allí está el

”elevado esta entonces vuestro cuerpo, y resucitado: con sus delicias cautiva al espíritu, para que este se convierta en creador y en apreciador y en amante y en benefactor de todas las cosas”⁶³ El espíritu, que hace cuerpo todos los sueños y los deseos del hombre, los hace reales en la medida que éste entregue todo de sí para conseguirlo, en la medida que deje todos sus miedos y esté dispuesto a conquistar una verdadera elevación; por esto necesita de un cuerpo resucitado: libre de culpas, de temores, de moralidades, de remordimientos de consciencia, y de dioses que no le impiden esa entrega total hacia su lucha; en pocas palabras, que sea consciente de la muerte de Dios, siendo todo ello un auténtico poder, y una abundante riqueza que permite que todo lo que toque sea más rico, contrario al sentido degenerante (que representa la antigua virtud), que se reserva siempre, que dice “todo para mí”, que es egoísta y enfermo, sin lograr superarse en nada con su reservación, porque contagia todo con su bajeza, impidiendo que las cosas florezcan por sí mismas. Por esto, el sentido de elevación propio de la virtud que da regalos no es un ascetismo inútil, sino más bien una ruta trazada que permite conseguir el auténtico sentido de elevación en el hombre, que lo haga crear nuevas cosas, nuevas ideologías y metas que superen el Dios muerto: “¡en verdad, ella es un nuevo bien y un nuevo mal! ¡En verdad, es un nuevo y profundo murmullo, y la voz de un nuevo manantial! Poder es ésa nueva virtud; un pensamiento dominante es, y, en torno a él, un alma inteligente: un sol de oro y, en torno a él, la serpiente del conocimiento”⁶⁴ Pero debemos tener en cuenta que no siempre que nos dirigimos hacia las alturas, logramos por ello una elevación concreta; recordemos por ejemplo, el carácter azaroso que representa esta pérdida: “¿no caemos continuamente? ¿Y hacía atrás, hacia los lados? ¿Hay un arriba y un abajo?” (§125) Para lograr una elevación real, o una transvaloración auténtica de los valores, es necesario dejar todo el pasado atrás que representaban las antiguas valoraciones, para implantar un nuevo valor que nada

origen de la virtud. Cuando no tenéis más que una voluntad, y ese viraje de toda necesidad se llama para vosotros necesidad: allí está el origen de la virtud” Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 124

⁶³ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 124

⁶⁴ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 123

tenga que ver con los valores anteriormente establecidos, tal como si se desarraigara completamente de la tierra y de su historia, para crear así una nueva historia. La virtud que da regalos, permite dar esa abundancia que le hacia falta a la existencia, permite brindarle nuevas cosas, nuevos proyectos, ya que con esto se ha liberado por fin de los molestos dioses que impedían la liberación completa del hombre, pero para conseguir ésto se requiere mucho más que la voluntad de querer y dar desinteresadamente las cosas, porque se necesita dar algo completamente nuevo, el cual necesariamente no se encuentra implícito dentro de este nuevo querer del hombre.

Aunque “la virtud que da” representa una nueva formula para valorar la existencia, no por eso se garantiza una completa transvaloración de todos los valores establecidos. Por ejemplo, en esta “virtud que da”, la nueva valoración nace a partir del rechazo de la valoración del “egoísmo enfermo” de los últimos hombres: por esta razón no es auténtica, porque la negación de la valoración antigua está implícita en ese nuevo valor creado. Así pues, este nuevo valor se encuentra “contagiado” por el antiguo valor que se mostraba como su antítesis. El intento de una transvaloración real entonces, debe estar libre de todas aquellas influencias, debe ser cristalino y puro, que no se ensucie con influencias que lo impurifiquen, porque si de la noche a la mañana se cambia un valor por otro, esa nueva valoración podría verse como una caprichosa arbitrariedad que en nada cambia lo que aparentemente cambio. Para que exista una transvaloración total, esa nueva valoración debe estar liberada de todos los posibles contagios de la antigua valoración, lo que hace bastante difícil proponer un nuevo “punto de vista” (porque eso es el valor), que no este sujeto a los parámetros de las valoraciones anteriores. Siendo éste el problema que impide una nueva valoración, ¿cómo sería posible superar la muerte de Dios mediante un valor nuevo y auténtico? ¿Cómo sería posible conseguir un nuevo punto de vista que no tenga el virus contagioso de las antiguas valoraciones?

En el discurso titulado “de las tres transformaciones”, las cuales representan el recorrido por el que pasa el hombre para la superación de la muerte de Dios, o en palabras explícitas de E. Fink “la transformación de la esencia del hombre por la muerte de Dios, es decir, la transformación de la que se pasa de la autolineación a la libertad creadora que se conoce a sí misma”⁶⁵, se puede apreciar la forma como sería posible la creación de ese nuevo valor. En este discurso Zaratustra nos dice: “tres transformaciones del espíritu os menciono: cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño”⁶⁶ Estas transformaciones nos enseñan los pasos –por decirlo así- por los que el hombre atraviesa para recorrer completamente la difícil ruta que le permite superar la muerte de Dios. El primer paso por el que atraviesa el espíritu del hombre es cuando éste se transforma en camello, el cual constantemente soporta las más duras cargas y siempre quiere más, porque su fortaleza misma las demanda. Así el camello pregunta siempre, “¿qué es lo más pesado, héroes?”, porque el camello –consciente del sin sentido de la existencia- quiere demandar las cargas más pesadas, como “apartarnos de nuestra causa cuando ella celebra su victoria, o hacer brillar la propia tontería para burlarse de la propia sabiduría”, para soportar así la contradicción misma que representa la existencia, siendo las cargas más contradictorias, y las más irónicas de todas, las que tras su espalda lleva siempre. Después, en medio de la soledad del desierto “en león se transforma aquí el espíritu, quiere conquistar su libertad como se conquista una presa y ser señor de su propio desierto”⁶⁷ El león es quien lucha con el Dragón milenario de los valores, “tú debes se llama el gran Dragón. Pero el espíritu del león dice, yo quiero “. Pero este “querer” no es suficiente para la creación de nuevos valores, porque en este querer del león sale a relucir la voluntad, la cual es condición necesaria para querer y a la vez alcanzar las cosas, pero no lo es suficiente para una nueva valoración; por eso el león recorre en solitario el desierto, porque su voluntad le permite crearse libertad para un nuevo crear, o cambiar ese “yo debo”, por un “yo

⁶⁵ Eugén Fink, “La Filosofía de Nietzsche” (Cáp. III, El mensaje), (Editorial Alianza), Pág. 83

⁶⁶ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza), Pág. 53

quiero”, lo cual no es que sea algo nada difícil: “crear valores nuevos –tampoco el león es aún capaz de hacerlo: más crearse libertad para un nuevo crear- eso si es capaz de hacerlo el poder del león”⁶⁸ Descubrir la fuerza impresionante de la voluntad es lo que nos enseña el león, siendo éste entonces, el primer paso hacia una auténtica transvaloración, lo que nos demuestra que para lograrlo se debe llegar a la tercera transformación que es la única que puede conseguirlo.

Solo mediante el poder de el niño, ya que éste es quien hace lo que la constancia del camello no hace, y lo que la fuerza del león no puede, se logrará esa auténtica transvaloración: “inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí mismo, un primer movimiento, un santo decir sí”⁶⁹ Ésta última transformación es seguramente la más difícil de conseguir. El poder de la voluntad que se consigue mediante la transformación del león, es capaz de lograr muchas cosas, pero es insuficiente para lograr lo que el niño sí puede. El hombre hasta ahora se ha quedado en león, pero el niño, es una meta y una proyección que va mucho más allá. El niño, al ser mera inocencia, al ser un nuevo movimiento, al ser un olvido, se desarraiga completamente de toda aquella tradición nihilista que representa la muerte de Dios. Mediante este “desprendimiento”, es posible lograr implantársele nuevas cosas a la existencia, porque éste no se encuentra contagiado por el virus maligno de toda aquella tradición que quiso siempre la Nada, porque este niño se encuentra purificado, porque es un nuevo comienzo, un olvido. Pero para ser niños, hay que volver a nacer, hay que volver a surgir, hay que revivir de las cenizas de nuestro propio hundimiento: por ello debemos tener ese nacimiento como una fuerte esperanza que necesita tiempo, debemos irnos preparando de a poco para conseguirlo; muy seguramente nosotros no seamos directamente los elegidos, porque seguramente esta misión será para los que vienen, por esto debemos entregar siempre todo de sí, para que los frutos salientes de nuestra cosecha logren conseguir lo que

⁶⁷ Federico Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, (Editorial Alianza, Madrid), Pág. 54

⁶⁸ *Ibíd*, Pág. 54

nosotros aún no hemos podido. Necesitamos tiempo, debemos poner alerta nuestros sentidos para poder escuchar las voces y los susurros que nos hablan de aquel Dios muerto que sigue reinando por el universo, y del cual nosotros tenemos que liberarnos para ser completamente libres, para poder jugar y a la vez crear, como solo sabe hacerlo el poder del niño.

CONCLUSIONES

1. La muerte de Dios nada tiene que ver con la pérdida de fe de los hombres. Si así lo fuera, esta muerte representaría un simple estado psicológico, el cual se superaría eliminando ese loco problema que tiene el hombre dentro de su cabeza. En conclusión, esta muerte nada tiene que ver con la pérdida de la fe en la existencia, porque la fe de un momento a otro puede cambiar, y la superación de este incidente es un proceso duro y doloroso que no termina de la noche a la mañana fácilmente.

2. No hay pruebas contundentes que nos muestren señales de la existencia de (el gran Dios) antes de su desaparición. La muerte de Dios es un acontecimiento, lo que nos invita a suponer que desde que existió siempre estuvo agonizando, es decir, que siempre estuvo en ese estado, que jamás fue divino y todopoderoso, en conclusión que jamás existió. Si en algún momento hubo existido un Dios con tales características de grandeza, ¿porqué ocurrió entonces este incidente?, ya que con tanta perfección que lleva dentro, ¿cómo se podría concebir el error? Por esta razón un Dios divino y todopoderoso no podrá existir, porque no permitiría que todo esto pasara.

3. Como el Dios todopoderoso es un producto de nuestra imaginación, debemos mirar los vestigios reales de este error al que le dimos vida. “La gran náusea” es entonces el principal instrumento para empezar comprender esta enorme equivocación (llamado Dios).

4. El último hombre como abogado defensor de aquel Dios, y por tal, como principal responsable de esta (tragedia).

5. La muerte de Dios no es solamente algo para lamentar. También es la gran oportunidad para darle un nuevo camino y un nuevo sentido al hombre y a su existencia.

6. Trasmundo, desprecio del cuerpo, y predicación de la muerte, fueron los actos comunes practicados por los últimos hombres y que permitieron que toda esta situación se expandiera.

7. El hombre de la ciudad no está preparado para comprender esta pérdida. El silencio y la soledad del bosque son los mejores consejeros para comprenderla.

8. La razón, la ciencia, y la moral, grandes cómplices que contribuyeron notoriamente con este asesinato, debido a que de una manera arbitraria se impusieron como necesarios dentro de la existencia.

9. La justicia y la virtud en complicidad se unieron para mostrarse como pilares principales de la existencia, mostrando toda esa aparente grandeza como imprescindible para valorarla, cuando en realidad tanta belleza resultó siendo pura mentira, u otro error más. Por esta razón, con esas habituales formas de valoración, la existencia terminó siendo un ruin engaño.

10. Amando nuestras pasiones damos el primer paso hacia la recuperación de la virtud, del hombre, y hacia la superación de la muerte de Dios.

11. Porque la virtud debe ser la más derrochadora y rica de todas, “la virtud que da” es el nuevo nombre que debe poseer la virtud.

12. Tomar consciencia de que “Dios ha muerto” no es suficiente aún para superar este incidente. Crear nuevos valores es la fórmula mágica para lograrlo, y “la virtud que da” por sí sola no es capaz de hacerlo.

13. Para lograr la creación de nuevos valores, se necesita de las tres transformaciones del espíritu, las cuales permiten comprobar –paso a paso-, el duro recorrido que se experimenta mediante el conocimiento de la muerte de Dios.

14. El niño es la clave para superar todo esto.

15. En la superación de la muerte de Dios, no se puede poner otro Dios como reemplazo; al hacerlo, incurriríamos nuevamente en el mismo error, lo mataríamos otra vez. En conclusión, no hay ningún tipo de desenmascaramiento en el conocimiento de la muerte de Dios, es decir, no se comprobará un Dios nuevo y auténtico o la verdad acerca de la vida y la existencia, porque lo único que se saca a la luz (con el conocimiento de la muerte de Dios), es todo el mundo de mentiras en el que se valoraba la existencia. El hecho de que exista una causa que pueda explicar todo el complejo mundo del devenir, es algo que nosotros no podemos comprender fácilmente: por ello debemos dirigir nuestra mirada más a los efectos, “antes del efecto se cree en causas diferentes que después del efecto” (Aforismo 217 Gaya Ciencia), pues no busquemos entonces causas donde no las hay.

BIBLIOGRAFÍA

NIETZSCHE FEDERICO, "Así habló Zaratustra", Editorial Alianza, Madrid 2001

NIETZSCHE FEDERICO, "La Gaya Ciencia", Editorial Biblioteca Nueva, SL Madrid 2001

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

FEDERICO NIETZSCHE, “La genealogía de la moral”, Editorial Alianza, Madrid 2001

FEDERICO NIETZSCHE, “Más allá del bien y del mal”, Editorial Alianza, Madrid 1972

FEDERICO NIETZSCHE, “Ecce homo”, Editorial Alianza, Madrid 2001

EUGEN FINK, “Introducción a Nietzsche”, (Cáp. III, “El mensaje”) Editorial Alianza, Madrid 1993

MARTIN HEIDEGGER, “Caminos de bosque”, Capítulo, (La frase de Nietzsche “Dios ha muerto”), Editorial Alianza, Madrid 1997

GIANNI VATTIMO, “Más allá del sujeto; Nietzsche, Heidegger y la Hermeneutica”, (Cáp. I “Nietzsche y el más allá del sujeto”) Ediciones Paidós, (B aires –Barcelona-Mexico) 1992

MICHEL FOUCAULT, “Nietzsche la Genealogía, la Historia” Editorial Pre-Textos, Valencia 1997

PLATON, “La Republica”, Editorial GREDOS, Madrid 1992

PLATON, “El Menón o de la Virtud”, Editorial GREDOS, Madrid 1992